

BIBLIOTECA ILUSTRADA

VI

30,00140

48 15



Vió allí á la Liebre.

CUENTOS DE CALLEJA

EL CANTARITO DE LÁGRIMAS



MANUEL ANGEL Y DE
N. MÉNDEZ BRINGA



EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA" S.A.



PROPIEDAD DERECHOS RESERVADOS



EL CANTARITO DE LÁGRIMAS

Érase una madre y una hija; la madre quería á aquella hija única con todo su corazón, y sin ella no podía estar ni vivir. Pero el Señor mandó una terrible epidemia que se propagó entre los niños, y que también se contagió aquella criaturita, que cayó en cama enferma de muerte.

Tres días y tres noches estuvo la madre velando, llorando y rezando al lado de su querida hija, pero ésta murió. Entonces, la madre, que estaba sola en toda la tierra de Dios, sintió un eruel é inexplicable dolor y no comía ni bebía; no hacía más que llorar y llorar, y así se le pasaron tres días y tres noches sin cesar llamando á su niña. Cuando llegó la tercera noche en aquella incesante amargura, estando todavía al lado del lecho de muerte de su hijita, cansada de derramar lágrimas y de tanto dolor, perdidas las fuerzas hasta desmayarse, se abrió suavemente la puerta y la madre se aterrorizó, pues delante de ella estaba su difunta hija. Se había convertido en un celestial angelito y sonreía dulcemente como la inocencicon la hermosura de la transfiguración. Pero traía en sus manecitas un pequeño cantarito que estaba rebosando. Y la niña dijo:

«¡Oh, mi querida madrecita, no me llores más! Mira, en este cantarito están tus lágrimas, las que has vertido por mí; el ángel de la aflicción las ha reunido en esta ampollita. Si lloras por mí solo una lágrima más, se derramará el cantarito y yo no tendré ya descanso en la sepultura ni bendición en el cielo. Por esto, querida madrecita, no llores más á tu hija, porque ha subido á la región de la salud eterna, es dichosa, son ángeles sus compañeros de juego.»

Con estas palabras desapareció la difunta niña, v la madre no lloró ya más por no turbar el desanso del sepulcro ni su paz en el cielo.



LA LIEBRE Y LA ZORRA

Una vez viajaban juntas una Liebre y una Zorra. Era tiempo de invierno, no verdeaba ninguna hierba y por el campo no pasaba ningún ser viviente.

—En este tiempo hace mucha hambre—dijo si Zorra á la Liebre;—me están bullendo todas las tripas.

—Sí, es verdad—contestó la Liebre.—Por touas partes están los prados secos, y yo me comería de muy buena gana mis propias orejas si me pudieran alcanzar á la boca.

Continuaban así juntas y tan hambrientas su



....y echó á correr con ella á campo atraviesa....

camino, cuando vieron venir á lo lejos una muchacha de un labrador y que traía una cestita en la mano, de la cual apercibieron la Zorra y la Liebre un olor agradable, el olor del pan recién cocido.

—Sabes lo que he pensado—dijo la Zorra:—
tiéndete á lo largo en el suelo y fingete muerta.
La muchacha dejará su cesta en el suelo y querrá
levantarte para aprovecharse de tu pobre pellejo,
pues las pieles de liebre dan buenos zapatos; en
el ínterin me escapo yo con la cesta del pan, que
servirá para nuestro alivio.

La Liebre hizo como le aconsejaba la Zorra; se dejó caer en el suelo y se fingió muerta, mientras la Zorra se escondia tras un ventisquero.

Vino la labradorcita, vió allí la Liebre que estaba todavía fresca con las cuatro patas extendidas, dejó el cesto en tierra y se acercó hacia la Liebre.

Entonces salió rápidamente la Zorra, cogió la cesta entre los dientes y echó á correr con ella á campo atraviesa. Al mismo tiempo revivió la Liebre, y siguió saltando á su compañera de viaje.

Pero esta no se paró á esperarla ni tenía trazas de querer partir las tortas, sino que más bien dejó entrever que se las quería comer sola.

Esto disgustó mucho á la Liebre.

Entre tanto llegaron á la orilla de un pequeño estanque, y la Liebre dijo á la Zorra:



....se los comió uno tras otro

—¡Qué buena comida haríamos si pudiesemos procurarnos unos peces! Tendríamos peces y pan blanco como los grandes señores; deja colgar tu cola dentro del agua, y los peces, que ahora tienen poco que comer, se colgarán de ella. Date prisa antes que el vivero se hiele.

* sto le pareció evidente á la Zorra, se aproximó al vivero que estaba á punto de congelarse, metió el extremo de su cola, y pasado un rato se congeló

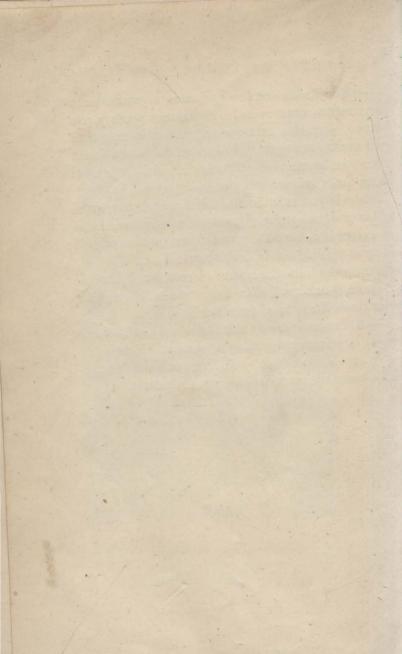
el agua y la dejó fuertemente prendida.

Entonces tomó la Liebre el cesto de bollos, se los comió uno tras otro muy tranquila ante los ojos de la Zorra, y al terminar la dijo:

—Ahora te esperarás sola al deshielo, aguardarás hasta la primavera; aguarda, aguarda sin prisa.

escapó corriendo, y la Zorra se quedó gañéndola como un perro irritado en su cadena.

4870





LA ESCLAVA MORGIANA

En una de las ciudades más populosas de la Arabia vivían dos hermanos, uno de los cuales se llamaba Cassim y el otro Alí. Su padre les había dejado pocos bienes de fortuna y los habían distribuído por iguales partes.

Cassim se unió con la heredera de un rico patrimonio, por cuya razón se vió de repente elevado á un rango superior al que tenía y lleno de comodidades, convirtiéndose, por tanto, en uno de los comerciantes más ricos de la ciudad.

Alí se había casado con una mujer tan pobre como él, vivía en una casa miserable, y no tenía

EL CANTARITO DE LÁGRIMAS.



Miró con atención....

otra industria para ganar su vida y mantener su familia, que ir á cortar leña en un bosque vecino, y llevarla á vender á la ciudad, con tres asnos que formaban todo su caudal.

Estaba un día Alí en el bosque, y acababa de cortar la leña suficiente para la carga de sus asnos, cuando vió que se elevaba en el aire y se adelantaba hacia la parte en que él estaba una gran nube de polvo. Miró con atención, y distinguó entre ella una numerosa cuadrilla de gentes de á caballo.

Aunque no se hablaba de ladrones en el país, se le ocurrió, sin embargo á Alí, el pensamiento de que podrían serlo, y sin reflexionar en lo que les ocurriría á sus asnos, sólo pensó en salvar su persona. Se subió á un árbol grueso, cuyas ramas á poca altura, figurando un círculo, estaban tan unidas unas á otras que las separaba sólo un corto espacio. Se colocó en medio con tanta más seguridad, cuanto que podía ver sin ser visto, y el árbol se elevaba al pie de una roca aislada y escarpada, de manera que no se podía subir á la cima por parte alguna.

Los de á caballo, fuertes y robustos, todos bien montados y bien armados, llegaron junto á la roca, en donde se apearon, y Alí, que contó cuarenta, no dudó, en vista de su traza y equipo, que eran ladrones. Y en realidad no se engañaba. Pues la bien para seguridad de su tesoro no hacían daño



Se subió á un árbol grueso.

en los alrededores, iban muy lejos á ejercer su triste oficio.

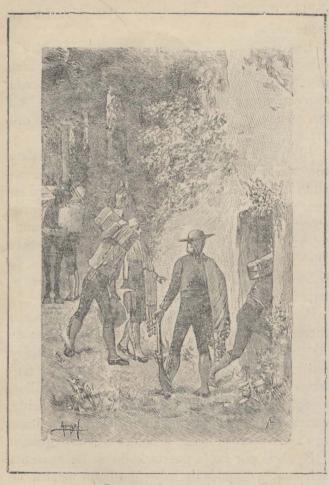
Los recién venidos quitaron las bridas á sus caballos, los ataron, les pusieron al cuello un saco de cebada que llevaban á la grupa, y cargaron cada uno con su respectiva maleta, pareciéndole á Alí tan pesadas, que juzgó que estaban llenas de oro

y plata.

El que hacía cabeza, cargado con su maleta como todos los demás, y á quien tuvo Alí por capitán, se acercó á la roca, muy cerca del árbol en que se había refugiado, y después de haberse abierto paso por entre algunos arbustos, pronunció en voz alta estas palabras: « Sésamo, ábrete ». Dicho lo cual se abrió una uerta, y después de haber hecho pasar á toda su gente delante, entró también él mismo y se cerró la puerta.

Permanecieron los ladrones durante largo tiempo encerrados, y temiendo Alí que saliese alguno de ellos, se vió precisado á permanecer en el árbol y esperar con paciencia. Tuvo, sin embargo, tentaciones de bajar y apoderarse de dos caballos, montar en uno y llevando el otro de la brida, marchar á la ciudad, llevando delante de él sus tres asnos; pero el temor le obligó á estarse quieto.

Se abrió por fin la puerta, salieron los cuarenta ladrones, y después de haber desfilado delante de el capitán, oyó Alí que se cerraba la puerta pro-



Pasar á toda su gente....

nunciando estas palabras: «Sésamo, ciérrate». Volvieron á coger sus caballos, les pusieron las bridas, ataron las maletas y montaron. Cuando vió el capitán que estaban todos dispuestos para marchar, se puso á la cabeza y volvió á tomar con todos ellos el camino por donde habían venido.

Alí quedóse un rato más en el árbol diciéndose:

—Pueden haber olvidado alguna cosa que les obligue á volver, y si tal aconteciera, me sorprenderían. Los estuvo mirando hasta que les perdió de vista, y no bajó hasta que hubo pasado un gran rato. Como se acordaba de las palabras por las que el capitán de los ladrones había hecho abrir y cerrar la puerta, tuvo la curiosidad de experimentar si pronunciándolas él producirían el mismo efecto. Pasó por entre los arbustos y viendo la puerta dijo: «Sésamo, ábrete»; y en el instante mismo se abrió la puerta de par en par.

Alí contaba con encontrar un sitio tenebroso y obscuro; pero quedó muy sorprendido al ver uno muy claro, vasto y espacioso, abierto á mano por aquellos hombres, con una bóveda muy elevada que recibía la luz de lo alto de la roca, por una abertura practicada en la cúspide de la cima. Vió muchas provisiones de boca, fardos de ricos géneros apilados, de telas de seda y de brocado. de alfombras de gran precio, y sobre todo de oro y plata acuñada en montones y en sacos, ó grandes



Vió muchas provisiones de boca

bolsas de cuero colocadas unas sobre otras, y al ver todas aquellas cosas, vino en conocimiento de que hacía, no sólo muchos años, sino que también siglos, que aquella gruta servía de guarida á ladrones que se habían sucedido unos á otros.

Entró Alí en la gruta, y apenas lo hubo hecho, se cerró la puerta, pero sin que esto le inquietase, pues ya sabía el secreto de hacerla abrir. Recogió todo el oro acuñado que estaba en los sacos Sacó tantos de éstos cuantos podía llevar, y en cantidad suficiente para cargar á sus tres asnos, hastael punto de abrumarlos con la carga. Salió á reunirlos, porque estaban dispersos, y habiéndoles hecho acercar á la roca, arregló la carga de sacos. Para ocultarlos acomodó leña por encima de manera que no se pudiesen ver. Así que hubo acabado esta operación, se presentó delante de la puerta, y no bien hubo pronunciado estas palabras: «Sésamo, ciérrate», cuando se cerró; porque se cerraba por sí misma cuando se entraba en la gruta, y permanecía abierta cuando se salía de

Hecho esto, tomó Alí el camino de la ciudad, y al llegar á su casa hizo entrar sus asnos en un patio, y cerró la puerta con gran cuidado. Quitó la poca leña que cubría los sacos, y llevando éstos á su cuarto los colocó y arregló delante de su mujer, que estaba sentada en el sofá.



Cargar á sus tres asnos.

Manoseó la mujer los sacos, y viendo que estaban llenos de dinero, sospechó que los había robado su marido; de manera que cuando acabó de llevarlos todos, no pudo dejar de decirle:

-Alí, la pobreza te ha llevado al extremo de.....

Alí la interrumpió:

—Calla, mujer, no te alarmes—le dijo;—no soy un ladrón, al menos que merezca ese título, por habérselo cogido á los ladrones. Cuando te cuente lo que ha sucedido se desvanecerán tus dudas.

Vació los sacos, formando un gran montón de oro, ante el cual quedó deslumbrada su mujer, y luego le refirió su aventura, desde el principio hasta el fin; cuando acabó le encargó mucho que guardase secreto.

Vuelta en sí y curada de su espanto la mujer, se alegró y quiso contar pieza por pieza todo el

oro que tenía delante.

—Esposa mía—le dijo Alí—¡qué poco cuerda eres! ¿Qué pretendes hacer? ¿Cuándo acabarás de contar? Voy á cavar un hoyo y meter en él todo ese dinero; no debemos perder tiempo.

—Bueno es—replicó la mujer—que sepamos poco más ó menos la cantidad que hay. Voy á buscar en la vecindad una medida pequeña, y lo

mediré mientras tú cavas el hoyo.

-Mujer-repuso Alí-de nada sirve lo que quieres hacer, y mejor sería que no hicieses seme-

jante cosa. Haz, sin embargo, lo que quieras; pero cuidado sobre todo con hablar de esto.

Para satisfacerse, salió la mujer de Alí y fué a casa de su cuñado. No estaba Cassim en casa, y en su defecto se dirigió á su mujer suplicandola que la prestase una medida. La cuñada le preguntó si la quería grande ó pequeña, y la mujer de Alí le contestó que pequeña.

-Con mucho gusto-dijo la cuñada;-espere

usted un momento, voy á traérsela.

Fué la cuñada á buscar la medida, y como conocía la pobreza de Alí, curiosa de saber qué clase de grano quería medir la mujer de éste, se le ocurrió poner un poco de sebo debajo de la medida. Volvió y, al presentarla á la mujer de Alí, se excusó de haberla hecho esperar tanto, diciendo que le había costado mucho el encontrarla.

Volvió á su casa la mujer de Alí con la medida, la puso sobre el montón de oro, la llenó y la vació sobre el sofá, hasta que acabó, quedando muy contenta del número de medidas que resultaron, de que dió parte á su marido, que acababa de hacer

su faena.

Mientras Alí enterró el dinero, su mujer, para manifestar su exactitud y diligencia á su cuñada, fué á llevarle su medida, pero sin reparar en que se había pegado en el fodo una moneda de oro.

-Cuñada-le dijo; -ya ve usted que no he te-

nido mucho tiempo su medida, ya se la vuelvo y le doy las gracias por el favor.

Apenas hubo vuelto la espalda la mujer de Alí cuando la de Cassi n miró la medida por debajo, y no es posible expresar la admiración que le causó encontrar pegada en ella una moneda de oro. En el momento se apoderó la envidia de su corazón. Ella, la rica, no pudo saber sin pena que la pobre medía el dinero.

—¡Cómo!¡Alí tiene el oro á montones! ¿De dónde lo ha sacado ese miserable?

No estaba en casa su marido; hallábase en la cinda, de la que no debía volver hasta la noche. Todo el tiemo que tuvo que esperar fué un siglo para ella.

Cuando llegó Cassim á su casa, le dijo su mujer:

—Tú crees ser más rico que tu hermano, pero te equivocas; Alí lo es infinitamente más que se el no cuenta el oro, sino que lo mide.

Cassim pidió le explicase este enigma, y lo hizo ella, comunicándole de qué medios se había valido para hacer este descubrimiento. v le enseñó la moneda de oro que había encontrado pegada de a de la medida, pieza tan antigua, que le era desconocido el nombre del príncipe que señalaba.

Lejos de alegrarse de la prosperidad de su hermano, concibió Cassim una envidia mortal, de tal modo, que pasó casi toda la noche sin dormir. Al

día siguiente fué á casa de Alí antes de salir el sol, llamándole hermano, nombre que había olvidado desde que se había casado con la viuda rica.

—Alí—le dijo al verle;—¿en verdad que eres reservado en tus negocios: te haces el pobre, el

miserable, el mendigo, y mides el oro?

-Hermano mío -le contestó Alí-no entiendo

de qué me hablas, explícate.

—No te hagas el ignorante—replicó Cassim, y enseñándole la moneda de oro que su mujer le había dado—¿cuántas monedas tienes—añadió—semejantes á ésta que mi mujer ha encontrado pegada debajo de la medida que le prestó á la tuya aver?

Al oir esto, conoció Alí que Cassim y su mujer por obstinación de su esposa, sabían ya lo que él tenía tanto interés en ocultar; pero la falta estaba hecha y no podía repararse. Sin dar á su hermano la menor señal de admiración ni disgusto, le confestó lo que había, y le contó por qué casualidad había descubierto la guarida de los ladrones y en qué sitio estaba, ofreciéndole, si quería guardar el secreto, darle parte del tesoro.

—Sí que lo quiero—contestó Cassim con aire altanero—pero quiero saber en dónde está ese tesoro con todos los pelos y señales, y cómo podré entrar en él yo mismo si quisiera hacerlo; de otro modo voy á denunciarte á la justicia. Si lo rehusas per-



Saliendo al día siguiente con diez machos.

derás lo que has sacado, y yo tendré mi parte por haberte denunciado

Alí, más por afecto de su buen corazón que intimidado por las insolentes amenazas de su hermano, le instruyó de cuanto deseaba, y de las palabras de que era necesario servirse, tanto para entrar en la gruta como para salir de ella.

Sin preguntar más Cassim, se fué á su casa resuelto á apoderarse del tesoro él solo, saliendo al día siguiente antes de amanecer, con diez machos cargados de grandes cofres, y con ánimo de llevar mayor número de éstos en un segundo viaje á proporción de las cargas que encontrase en la gruta. Tomó el camino que Alí le kabía indicado, llegó cerca de la roca y reconoció el lugar y el árbol sobre que se había ocultado Alí. Buscó la puerta, y frente á ella pronunció las palabras: «Sésamo, ábrete.» Se abre la puerta, entra, y al examinar la gruta, se queda admirado al ver ruchas más riquezas de las que él había respechado encontrar por la relection de Alí. A seguir los impulsos de su avaricia, por lo amante que era de las riquezas, hubiera pasado el día recreando la vista con tanto oro, si no hubiera recapacitado que había ido para sacarlo y cargar sus diez machos. Tomó todos los sacos que pudo llevar, yendo á la puerta para hacerla abrir, mas llena su imaginación de otras ideas, había olvidado la palabra ne



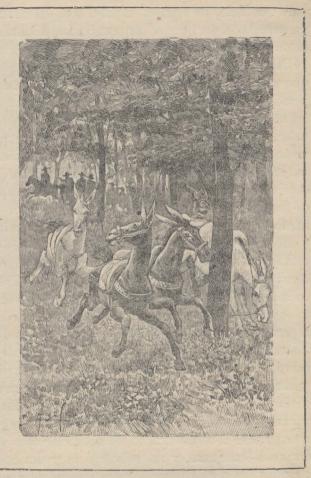
Avanzaron á todo escape.

cesaria, y en lugar de Sésamo, dice: «Cebada, ábrete»; y se queda admirado de ver que la puerta permanece cerrada. Nombra otras clases de granos, distintos del que era necesario, y la puerta no se abre.

No contaba Cassim con semejante acontecimiento, y en el peligro en que se hallaba se apodera el miedo de su persona; cuantos más esfuerzos hace para acordarse de la palabra Sésamo, más embrolla su memoria, llegando á ser para él esta palabra como si no la hubiese oído pronunciar en su vida. Arroja al suelo los sacos de que estaba cargado, se pasea precipitadamente por la gruta, ora hacia un lado, ora hacia otro, y todas las riquezas de que se ve rodeado no excitaban lo más mínimo su codicia.

Volvieron los ladrones á su guarida hacia el mediodía, y cuando estuvieron á poca distancia de ella vieron los machos de Cassim alrededor de la roca cargados de cofres. Inquietos por aquella novedad avanzaron á todo escape, con lo que hicieron huir á los machos que estaban pastando libremente, de manera que se dispersaron en el bosque y tan de prisa, que muy pronto se perdieron de vista.

No se tomaron el trabajo los ladrones de correr tras de los machos; más les importaba encontrar á su dueño. Mientras que algunos rodeaban la roca



Se dispersaron en el bosque.

para buscarlo, se apea el capitán con los demás, va derecho á la puerta, pronuncia las palabras y

la puerta se abre.

Cassim, que oyó el ruido de los caballos, supuso que serían los de la partida de ladrones y creyó próxima su última hora. Resuelto á hacer un esesfuerzo para escapar de sus manos y salvarse, se había dispuesto á arrojarse al campo tan luego como se abriese la puerta. Apenas la vió abierta se abalanzó á ella, saliendo tan bruscamente que derribó al capitán al suelo. Pero no pudo escapar de los demás ladrones, que estaban con sable en mano, y que le quitaron inmediatamente la vida.

El primer cuidado de los ladrones después de esta ejecución, fué entrar en la gruta; encontraron cerca de la puerta los sacos que Cassim había comenzado á mover para llevárselos y cargar con ellos sus machos, y los pusieron en su lugar sin reparar en los que Alí se había llevado ántes. Deliberando entre sí, y como se trataba de poner á salvo sus riquezas, convinieron en matar á Cassim y haciendo cuatro cuartos el cádaver ponerlo cerca, de la puerta, á la parte dentro de la gruta, dos á un lado y dos á otro, para espantar á cualquiera que tuviese el atrevimiento de acometer otra vez empresa semejante, y no volver á la gruta hasta después de algún tiempo, para dar lugar á que hubiese desaparecido el mal olor del cadáver. To-



Derribó al capitán al suelo.

mada esta resolución, la ejecutaron, y cuando nada tuvieron que hacer, dejaron su retiro bien cerrado, se pusieron á caballo, y fueron á recorrer los caminos frecuentados por las caravanas, para atacarlas y ejercer sus latrocinios acostumbrados.

La mujer de Cassim cuando vió que había ya cerrado la noche y no había vuelto su marido, se

fué muy alarmada á casa de Alí y le dijo:

—Supongo que no ignora usted que Cassim ha ido al bosque. Aun no ha vuelto, á pesar de estar tan adelantada la noche, lo que me hace temer le

haya sucedido alguna desgracia.

Alí había sospechado que aquel día había ido su hermano á visitar la gruta, y por lo mismo se había abstenido de ir aquel día al bosque por no causarle mala obra. Sin hacerle objeción alguna por la que pudiera ella ofenderse ni su marido, si vivía, le dijo que no debía alarmarse aún, pues que Cassim habría juzgado del caso no entrar en la ciudad hasta muy adelantada la noche.

La mujer de Cassim lo creyó con tanta más facilidad, cuanto que consideró lo importante que era que su marido hiciese la cosa con el mayor secreto. Volvió á su casa, y estuvo esperando con impaciencia hasta media noche. Pero á esta hora se redoblaron sus cuidados con un dolor tanto más sensible, cuanto que no podía aliviarlo con gritos. Entonces se arrepintió de la loca curiosidad que

había tenido, del vituperable deseo de penetrar en los negocios de sus cuñados. Pasó la noche llorando, y al amanecer fué corriendo á casa de Alí, y le dijo el motivo que la llevaba, más bien con sus lágrimas que con sus palabras.

No esperó Alí á que su cuñada le suplicara se tomara el trabajo de ir á ver qué había sido de

Cassim.

Partió inmediatamente con sus tres asnos. Al aproximarse á la roca, después de no haber visto en el camino ni á su hermano ni á los diez machos, advirtió la sangre que manchaba la tierra, pronunció las palabras y se abrió la puerta, quedando asombrado del triste espectáculo que se presentó á sus ojos: su hermano dividido en cuatro cuartos. No vaciló acerca del partido que debía tomar, olvidando el poco afecto que había tenido su hermano para con él. Encontró en la gruta con qué hacer dos líos de los cuatro cuartos, con lo que arregló la carga de uno de sus asnos, echando leña encima para ocultarlos. Cargó los otros dos asnos de sacos de oro y leña como la primera vez, sin perder tiempo, y cuando hubo acabado y mandado á la puerta que se cerrase, tomó el camino de la ciudad; pero tuvo la precaución de detenerse á la salida del bosque bastante tiempo para no entrar hasta que fuese de noche. Al llegar no hizo entrar en su casa más que los dos asnos cargados

de oro; y después de haber dejado á su mujer el cuidado de descargarlos, y haberle dado parte en pocas palabras de lo que había sucedido á Cassim, condujo el otro asno á casa de su cuñada.

Llamó Alí á la puerta que le abrió Morgiana: una esclava hábil para llevar á cabo las cosas más difíciles. Cuando entró en el patio, descargó del asno la leña y los dos líos, y llamando aparte á la esclava, la dijo:

—Morgiana, te encargo que guardes secreto respecto de lo que voy á decirte. Aquí está el cuerpo de tu amo en estos dos líos, se trata de hacerlo enterrar como si se hubiese muerto de muerte natural. Haz de modo que hable yo á tu ama, y escuches cuanto le diga.

Advirtió Morgiana á su ama, y Alí entró donde

estaba su cuñada.

-Y bien, hermano, le preguntó ésta á Alí,

¿qué noticias me trae usted de mi marido?

—Hermana, respondió Alí, nada puedo decir á usted sin que antes me haya prometido escucharme desde el principio hasta el fin sin abrir la boca. No le importa á usted menos que á mí callar para el bien y reposo de usted y el mío.

—; Ah!—exclamó la cuñada sin levantar la voz.—Ese preámbulo me hace conocer que mi marido ha dejado de existir; pero al mismo tiempo conozco también la necesidad del secreto que usted

me encarga. Mucha violencia tengo que hacerme; pero diga usted, que ya le escucho.

Contó Alí á su cuñada todo el resultado de su viaje hasta su encuentro con el cuerpo de Cassim.

—Este es motivo de aflicción para usted, tanto mayor cuanto que no le esperaba. Aunque el mal no tiene remedio, si alguna cosa, sin embargo, es capaz de consolar á usted, yo le ofrezco juntar los pocos bienes que Dios me ha enviado, con los de usted, y me atrevo asegurar que viviremos todos en la mayor armonía. Si no le desagrada á usted la proposición, es preciso obrar de modo que parezca que mi hermano ha muerto de muerte natural; yo por mi parte contribuiré en cuanto esté á mi alcance para conseguirlo.

No rehusó, pues; antes bien lo miró como un motivo razonable de consuelo. Enjugando sus lágrimas que había empezado á derramar en abundancia, manifestó que aceptaba su oferta.

Dejó Alí á la viuda, y después de haber encargado á Morgiana que desempeñase bien su papel, volvió á su casa con el asno.

No lo echó Morgiana en olvido; y saliendo al mismo tiempo que Alí, fué á casa de un boticario que vivía en la vecindad y pidióle unas tablillas muy saludables en las enfermedades peligrosas. Se las dió el boticario, preguntando quién estaba enfermo en casa de su amo. —; Ah!—respondió Morgiana dando un gran suspiro.—; Es el mismo Cassim, mi buen amo! Tenemos muy pocas esperanzas de salvarle, ni habla ni puede comer.

Dicho esto, se llevó sus tablillas, de que no se

hallaba Cassim en estado de hacer uso.

Al día siguiente vuelve Morgiana á casa del mismo boticario y le pidió, con las lágrimas en los ojos, una esencia que no se acostumbraba dar á los enfermos sino en el último trance.

—¡ Ay!—dijo con la mayor afficción al recibirla de manos del boticario.—Mucho temo que este remedio no produzca más efecto que las tablillas.

¡Ay! ¡Qué amo tan bueno que pierdo!

Por otra parte, como se vió todo el día á Alí y su mujer con un aire triste hacer muchos viajes á casa de Cassim, no causó admiración el oir por la noche los gritos lamentables de su mujer, y principalmente de Morgiana, que anunciaban que Cassim se había muerto.

Al otro día al amanecer, Morgiana, que sabía que había en la plaza un buen hombre, zapatero remendón, muy viejo, que abría su tienda mucho antes que los demás, salió y fué á buscarlo, y al llegar á él, dándole los buenos días, le puso una moneda de oro en la mano.

Mustafá, conocido de todo el mundo por este nombre, era naturalmente alegre y tenía dichos



Le puso una moneda de oro en la mano.

graciosos, miró la moneda, porque todavía no se veía muy claro, y conociendo que era de oro.

— Buen estreno! — dijo. — De qué se trata? Aquí me tiene usted listo para cualquier cosa de

provecho.

—Mustafá—le dijo Morgiana—tome usted todo lo necesario para coser, y venga usted conmigo; pero á condición que le he de vendar á usted los ojos cuando estemos en cierto sitio.

A estas palabras puso alguna dificultad Mustafá.

—¡Oh!¡oh!—repuso.—¿ Usted quiere ponerme en el caso de hacer alguna cosa contra mi conciencia ó contra mi honor?

Poniéndole en la mano otra moneda de oro.

—Dios me libre—contestó Morgiana—que exija de usted nada que no pueda hacer sin faltar al

honor. Venga usted, y no tema nada.

Se dejó conducir Mustafá, y Morgiana, después de haberle vendado los ojos con un pañuelo en el sitio que había indicado, le llevó á casa de su difunto amo, y no le quitó el pañuelo hasta que llegaron al cuarto en que había puesto el cuerpo. Luego le dijo:

—Mustafá, lo he traído á usted aquí para que cosa las piezas que está viendo. No pierda usted tiempo, y cuando usted haya acabado le daré otra

moneda de oro.

Cuando acabó su operación Mustafá, le volvió á

vendar los ojos Morgiana en el mismo cuarto, y después de haberle dado la tercera moneda de oro que le había prometido, y haberle recomendado el secreto, lo volvió á llevar hasta el sitio en que le había vendado los ojos la primera vez, y allí, después de quitarle el pañuelo, le dejó volver á su casa.

Había hecho Morgiana calentar agua para lavar el cuerpo de Cassim, y así que llegó Alí lo lavó, lo perfumó con incienso y lo amortajó con las ceremonias acostumbradas.

Una vez dispuesto todo, se procedió al entierro del pobre Cassim.

Cuatro vecinos reunidos cargaron el ataúd sobre sus hombros, y siguiendo al imán, que iba recitando algunas oraciones, lo llevaron al cementerio. Morgiana deshecha en lágrimas, como esclava del difunto, seguía, con la cabeza descubierta, dando gritos lastimosos, pegándose fuertes golpes en el pecho y arracándose los cabellos: Alí caminaba después, acompañado de vecinos que se destacaban á su turno, de cuando en cuando, para relevar á los que llevaban el ataúd, hasta que llegaron al cementerio.

Por lo que hace á la mujer de Cassim, se quedó en su casa, afligiéndose y dando gritos lastimosos con las mujeres de la vecindad, que, según costumbre, concurrieron durante la ceremonia del en-

tierro, y que juntando sus lamentos con los de la viuda, llenaron de tristeza el barrio y los alrededores.

De esta manera se ocultó y disimuló la funesta muerte de Cassim entre Alí, su mujer, la viuda y Morgiana, con tal maña que no se concibió la más leve sospecha.

Tres ó cuatro días después del entierro de Cassim, trasladó Alí los pocos muebles que tenía, con el dinero que había sacado del tesoro de los ladrones, que procuró llevar de noche, á la casa de la

viuda para establecerse en ella.

En cuanto á la tienda de Cassim, Alí tenía un hijo, que hacía algún tiempo había acabado su aprendizaje en casa de un comerciante rico, al cual había dado siempre pruebas de su buena conducta, y se la cedió, prometiéndole, que si continuaba gobernándose con juicio y prudencia, no tardaría mucho en casarlo según su estado.

Dejemos á Alí gozar de su fortuna, y hablemos de los cuarenta ladrones. Volvieron á su retiro del bosque al tiempo en que habían convenido; pero quedaron muy admirados de no encontrar el cuerpo de Cassim, y creció su admiración cuando notaron la disminución de sus sacos de oro.

-Estamos descubiertos y perdidos—dijo el capitán—si no miramos este asunto con atención, y si no procuramos poner remedio, insensible-

mente vamos á perder las riquezas que nuestros antepasados y nosotros hemos reunido á costa de tanto trabajo y fatigas. No podemos calcular el daño que nos han hecho, el ladrón que hemos sorprendido había sorprendido el secreto de hacer abrir la puerta, y hemos llegado felizmente al tiempo mismo en que iba á salir. Ahora vemos que no era solo, y que algún otro está iniciado en el secreto. Su cuerpo que se han llevado y nuestro tesoro disminuido, son muestras incontestables. Y como es posible que estén en el secreto tan solo dos personas, después de haber hecho perecer la primera, es preciso que hagamos también perecer á la otra. ¿Qué decís, camaradas, sois del mismo modo de pensar que yo?

Pareció muy razonable á la compañía la proposición del capitán y la aprobaron todos, manifestando unánimemente que era necesario abandonar toda empresa, para dedicarse exclusivamente á aquella y no desistir de ella, hasta haber acabado

la obra que se proponían.

—No esperaba menos de vuestro valor—prosiguió el capitán—pero ante todo, es preciso que alguno de vosotros, atrevido, diestro y emprendedor, vaya á la ciudad sin armas y en traje de viajero y extranjero, empleando toda su habilidad en descubrir si se habla de la muerte extraña del que hemos degollado como merecía, quién era y en dónde vivía. Esto es lo que nos importa saber desde luego para no hacer nada de que tengamos que arrepentirnos. Pero á fin de animar al que se ofrezca á desempeñar esta comisión é impedir el que se engañe viniéndonos con una relación falsa en lugar de una verdadera que sea capaz de causar nuestra ruina, os pregunto, sino juzgáis oportuno que en tal caso se someta á la pena de muerte.

Sin esperar á que los demás diesen su parecer:

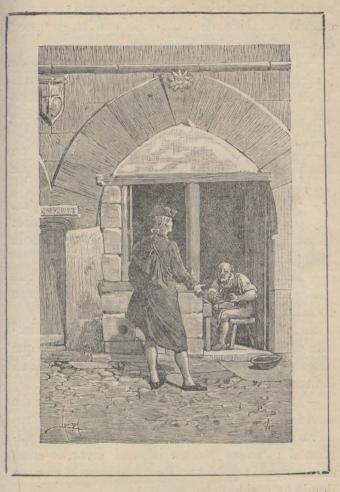
—Yo me someto á ella—dijo uno de los ladrones—y hago alarde de exponer mi vida, encargándome de esa comisión. Si no salgo con mi intento, os acordaréis á lo menos que no me ha faltado mi

buena voluntad ni valor, por el bien común.

Este ladrón, después de haber escuchado elogios del capitán y sus camaradas, se disfrazó de manera que nadie podía tenerlo por lo que en realidad era, y separándose de la cuadrilla, partió por la noche y tomó tan bien sus medidas, que entró en la ciudad cuando comenzaba á amanecer. Se adelantó hasta la plaza, en donde no halló más tienda abierta que la de Mustafá.

Estaba éste sentado en una silla, con la lezna en la mano, dispuesto á trabajar de su oficio: se llegó á él el ladrón, y reparando al darle los buenos días, que tenía mucha edad.

—Buen hombre—le dijo—comienza usted á trabajar muy temprano; no es posible que vea



Comienza usted á trabajar muy temprano.

EL CANTARITO DE LÁGRIMAS.

usted todavía mucho, tan anciano como es: y a m cuando sea bien de día, dudo que tenga usted bastante buena vista para coser.

—Tan viejo como me ve, no dejo por eso de tener excelentes ojos, y no le quedará á usted duda de ello cuando sepa que no hace mucho tiempo que he cosido un muerto en un sitio que apenas estaba más claro que ahora.

Alegróse el ladrón de haberse dirigido á un hombre que desde luego le daba noticias de lo que

era objeto de su viaje.

— ¡ Un muerto! — replicó con asombro y para buscarle la boca— ¿ para coser un muerto? añadió: Usted quiere decir, sin duda, que ha cosido la mortaja en que lo han envuelto.

-No, no-replicó Mustafá-bien sé lo que quiero decir, usted quiere hacerme hablar; pero

no sabrá más sobre el particular.

No tenía necesidad el ladrón de mayor explicación para persuadirse que había descubierto lo que buscaba. Sacó una moneda de oro y poniéndola en la mano de Mustafá, le dijo:

—Me guardaré muy bien de querer penetrar ese secreto aunque puedo asegurarle que sabría reservarlo si usted me lo confiase. Lo único que suplico á usted es que me haga el favor de enseñarme desde aquí ó venir á mostrarme la casa en donde ha cosido usted ese muerto.

—Aun cuando tuviese voluntad de conceder á usted lo que me pide—contestó Mustafá, con la moneda de oro en la mano dispuesta á volvérsela—aseguro que no podría hacerlo; y puede usted creerme bajo mi palabra; porque me llevaron hasta cierto sitio en donde me vendaron los ojos, y desde allí me dejé conducir hasta la casa; después de haber concluído, me sacaron de la misma manera hasta el propio sitio. Ya ve usted la imposibilidad en que me encuentro de hacer á usted ese servicio.

—Por lo menos debe usted acordarse—replicó el ladrón—del camino que le hicieron andar con los ojos vendados. Hágame usted el favor de venir conmigo, le vendaré los ojos en el mismo sitio, é iremos juntos y daremos los mismos rodeos que pueda usted recordar; y como no hay trabajo que no merezca su recompensa, aquí tiene usted otra

moneda de oro

Aquellas monedas de oro tentaron un poco la codicia de Mustafá; las estuvo mirando un rato en la mano sin decir una palabra, consultando consigo mismo lo que debía hacer. Sacó por fin su bolsa del seno, poniéndolas dentro.

—Puedo asegurar á usted—dijo al ladrón—que no recuerdo del camino que me hicieron andar; pero supuesto que así lo quiere usted, haré todo

lo que pueda por acordarme.

Levantóse Mustafá y sin cerrar su tienda, en la

que no había cosa de valor que perder, llevé consigo al ladrón hasta el sitio en que Morgiana le había vendado los ojos. Cuando llegaron á él, dijo Mustafá:

-Este es el sitio en-que me vendaron, y estaba

yo en la misma postura que usted me ve.

El ladrón, que tenía dispuesto su pañuelo, le vendó los ojos, y caminó á su lado, en parte conduciéndolo, y en parte dejándole que fuese él mismo hasta que se detuvo.

-Si no recuerdo mal-dijo Mustafá-no pasé

muy lejos de aquí.

Con efecto, se encontraban delante de la casa de Cassim, en donde á la sazón vivía Alí. Antes de quitarle el pañuelo de los ojos, hizo el ladrón una señal en la puerta con un yeso que llevaba prevenido, y luego le preguntó si sabía á quién pertenecía aquella casa. Mustafá le respondió que no era de aquel barrio, y que nada podía decirle.

Viendo el ladrón que nada más podía saber de Mustafá, le dió gracias por el trabajo que se había tomado; y después de haberlo dejado para que volviese á su tienda, tomó el camino del bosque, per-

suadido de que sería bien recibido.

A poco de haberse separado el ladrón de Mustafá, salió Morgiana de casa de Alí, y habiendo notado al volver la señal, se detuvo preguntándose:

-¿Qué significa esta señal? ¿es que alguno



Le preguntó si sabía á quién pertenecía aquella casa.

quiere mal á mi amo, ó la han hecho para divertirse? Bueno es precaverse, y arrancando un pedazo de yeso de la pared señaló dos ó tres puertas inmediatas que eran muy parecidas, y entró en casa sin hablar á nadie de lo que acababa de hacer.

En tanto el ladrón llegó al bosque y se reunió

á la cuadrilla; hizo relación de su viaje.

Todos lo escucharon con atención y tomando el capitán la palabra después de haber elogiado su diligencia:

—Camaradas — dijo — no tenemos que perder tiempo; partamos bien armados, sin que se conozca que lo estamos; y cuando hayamos entrado en la ciudad separados unos tras otros, para no dar que sospechar, nos reuniremos en la plaza mayor, y en tanto yo iré á reconocer la casa con el camarada que acaba de traernos tan buena noticia, á fin de que pueda yo tomar las medidas que más nos convengan.

Habiendo aceptado todos la proposición del capitán fueron desfilando de dos en dos y de tres en tres, y caminando á distancia proporcianada unos de otros, entraron en la ciudad. El que había ido por la mañana llevó al capitán á la calle en donde había marcado la casa de Alí, y cuando estuvo delante de una de las puertas que había sido señaladas por Morgiana, se la hizo notar, diciéndole que era aquella, pero continuando su camino ob-



Señaló dos ó tres puertas.

servó el capitán que la puerta que seguía estaba marcada del mismo sitio, se lo hizo reparar á su conductor, y le preguntó si era aquella ó la primera. Quedóse admirado el conductor, y no supo que responder, y menos aun cuando vió que las cuatro ó cinco puertas que seguían tenían también la misma señal. Aseguró al capitán que él no había marcado más que una.

—Yo no sé—añadió—quien á podido marcar las otras con tanta semejanza; pero en esta confusión, confieso que no puedo distinguir cual es la que yo he marcado.

El capitán, que vió desvanecido su designio, se fué á la plaza mayor, y con el primero que encontró, avisó á todos los compañeros que habían perdido su trabajo haciendo un viaje inútil, y que no les quedaba otro remedio que volverse á su común retiro. El les dió el ejemplo, y todos le siguieron con el mismo orden que habían venido.

Cuando se hubo reunido en el bosque toda la cuadrilla, les explicó el capitán el motivo porque les había hecho volver, y al punto fué declarado el conductor digno de la muerte, y él se condenó reconociendo que hubiera debido tomar mejor sus precauciones.

Tratándose como se trataba de la conservación de la banda, ofrecióse otro ladrón salir más airoso, y salió al frente pidiendo la gracia de ser preferido, marchó á la ciudad, corrompe como el primero á Mustafá, y éste le lleva á la casa de Alí.

Marca el ladrón con encarnado la casa en un sitio menos visible, contando con que era un medio seguro para distinguirla de las demás que lo estaban con blanco.

Poco tiempo después, salió Morgiana de casa como el día anterior y cuando volvió, no se escapó á sus perspicaces ojos la señal encarnada. Hizo el mismo raciocinio que el día anterior, y enseguida señaló con encarnado las demás casas vecinas en el mismo sitio.

Cuando se incorporó el ladrón con su cuadrilla, les pintó como infalible la precaución que había tomado para no confundir la casa de Alí con las demás, siendo de la misma opinión el capitán y los demás compañeros. Se fueron á la ciudad en el mismo orden y con las mismas precauciones que antes, armados también de la misma manera, prontos á dar el golpe que meditaban; y al llegar se encuentran con la misma dificultad que la primera vez.

El capitán se vió precisado á retirarse con sus gentes, tan poco satisfecho como el día anterior, y el ladrón como autor del engaño, sufrió del mismo modo el castigo á que se había sujetado voluntariamente.

En este trance quiso él mismo encargarse de

aquella comision, á cuyo efecto se fué á la ciudad, y con la ayuda de Mustafá, que le hizo el mismo servicio que á los otros dos compañeros que le habían precedido, no se entretuvo en hacer señal alguna para conocer la casa de Alí, sino que la examinó bien, pasando y repasando diversas veces por delante, de modo que le fuera imposible equivocarse.

Satisfecho de su viaje el capitán de los ladrones, é instruido de lo que deseaba, volvió al bosque; y habiendo llegado á la gruta en que lo esperaba la cuadrilla, les dijo:

—Camaradas, nada por fin puede impedirnos el tomar una completa venganza del daño que se nos ha hecho; conozco la casa del culpable y en el camino he venido discurriendo los medios de hacérsela sentir sin que nadie pueda tener conocimiento del lugar de nuestro retiro, ni de nuestro tesoro. Para conseguirlo es preciso que dividiéndonos por los pueblos y aldeas cercanas, y aun por las ciudades, compraremos hasta diez y nueve machos y treinta y ocho cueros para transportar aceite, uno lleno y los demás vacíos.

Dos ó tres días tardaron en hacer estas compras los ladrones, y como los cueros vacíos eran un poco estrechos por la boca los hizo el capitár ensanchar un poco, y después de haber hecho meter en cada cuero con las armas que había juzgado necesarias, un ladrón, dejó abierto lo que habia descosido á fin de que pudiesen respirar, los cerró de manera que pareciese que estaban llenos de aceite; y para mejor disimular, los frotó por fuera con aceite que tomó del cuero que estaba lleno.

Preparadas así las cosas, cuando estuvieron cargados los machos con los treinta y siete ladrones, sin comprender el capitán, oculto cada uno en un cuero, y con el otro que estaba lleno de aceite, el capitán, como conductor, tomó el camino de la ciudad al tiempo que había resuelto, y llegó de noche y á cosa de una hora después de puesto el sol, como se había propuesto. Entró en ella, y se fué derecho á la casa de Alí, con el designio de llamar á la puerta, y pedirle le permitiese hospedarse allí con sus machos. Se excusó el trabajo de llamar pues halló á Alí en la puerta tomando el fresco.

Hizo parar sus machos, y le dijo:

—Traigo el aceite que está usted viendo de muy lejos para venderlo mañana en el mercado, y á estas horas no sé donde ir á hospedarme. Si no tiene usted inconveniente, hágame usted el favor de recogerme en su casa, para pasar en ella la noche, se lo agradeceré infinito.

Por más que Alí hubiese visto en el bosque al que le estaba hablando, y hasta oído su voz, ¿cómo hubiera sido posible reconocerlo bajo el disfraz de mercader de aceite?

—Sea usted bien venido—le dijo—entre usted, y al decir estas palabras, se levantó para dejarle entrar con sus machos.

Llamó Alí á un esclavo que tenía, y le mandó que cuando estuviesen descargados los machos, no solo los pusiese en la cuadra, sino que les diese también paja y cebada. Mandó á Morgiana que dispusiese cena para el huésped, y le preparase una cama.

Cuando vió que el capitán de los ladrones había descargado sus machos, que éstos estaban acomodados en la cuadra como había mandado, y que buscaba un sitio donde pasar la noche al sereno, fué á buscarlo para hacerle entrar en la sala en que recibía sus visitas, diciéndole que no permitiría que se acostase en el patio. El capitán de los ladrones se resistió mucho, con pretexto de no ser incómodo; pero en realidad, para tener ocasión de ejecutar con más libertad lo que había meditado, y no cedió á los ofrecimientos de Alí sino á fuerza de instancias.

No contento Alí con hacer compañía al que atentaba contra su vida, continuó dándole conversación sobre diferentes materias hasta que Morgiana le hubo servido la cena, no dejándolo sino despues de haber cenado.

—Si necesita usted algo—le dijo—no tiene usted más que pedirlo; todo lo que hay en mi casa está á

su disposición.



Se levantó para dejarle entrar con los machos.

El capitán de los ladrones se levantó at mismo tiempo que Alí, acompañándolo hasta la puerta; y mientras que Alí fué á la cocina á hablar á Morgiana, él se fué al patio.

Alí, después de haber recomendado de nuevo á Morgiana que tuviese mucho cuidado de su huésped, y que no le dejase carecer de nada, añadió:

—Te prevengo que mañana voy al baño antes de amanecer: ten cuidado que esté dispuesta mi sábana de baño, dásela á Abdalla (que así se llamaba el esclavo), y hazme un buen caldo para la vuelta.

Después de dadas estas órdenes se retiró á acostarse.

El capitán de los ladrones, en tanto, fué avisando á sus gentes lo que debían hacer, y comenzando desde el primer cuero hasta el último, les dijo á todos:

—Cuando yo tire piedrecillas desde el cuarto de mi alojamiento, haced inmediatamente una abertura, rompiendo el cuero de arriba abajo con el cuchillo que tenéis á prevención.

Hecho esto volvió, y habiéndose presentado en la puerta de la cocina, tomó la luz Morgiana, y lo acompañó á la habitación que le había preparado, en donde lo dejó después de haberle preguntado si necesitaba alguna cosa.

Para no dar que sospechar, apagó la luz y se

acostó vestido, dispuesto á levantarse tan pronto

como fuese posible.

No olvidó Morgiana las órdenes de Alí: preparó la sábana de baño, se la encargó á Abdalla que no había ido aún á acostarse, puso el puchero al fuego para el caldo, y mientras que lo espumaba se le apagó el candil. No había más aceite en casa, ni tampoco vela. ¿Qué hacer en este caso? Morgiana necesitaba luz para espumar su puchero, y manifestó su pena á Abdalla.

—; Por poco te apuras, le dijo Abdalla!—Vete á tomar aceite á uno de los cueros que hay en el

patio.

Morgiana dió las gracias á Abdalla por el consejo, y mientras fué éste á acostarse cerca del cuarto de Alí para seguirlo al baño, tomó ella la aceitera, y se fué al patio. Cuando se acercó al primer cuero que encontró, el ladrón que estaba oculto dentro, preguntó en voz baja:

-¿Es la hora?

Aunque habló bajo el ladrón, percibió sin embargo Morgiana la voz con tanta más facilidad, cuanto que el capitán de los ladrones, después de haber descargado los machos, había abierto no solamente aquel cuero, sino también los demás para que diese el aire á sus compañeros, que estaban además muy incomodados.

Morgiana se hizo cargo del peligro en que so

hailaba Alí, su familia, y ella misma, y comprendió la necesidad de aplicar un pronto remedio sin meter ruido: su capacidad le sugirió luego los medios de conseguirlo.

Sin manifestar temor, y haciendo las veces del capitán de los ladrones, respondió á la pregunta,

diciendo:

—Todavía no, y luego se acercó al cuero inmediato, y le hicieron la misma pregunta, y así consecutivamente hasta que llegó al último lleno de aceite; y todos le hicieron la misma pregunta, y á todos les dió la misma respuesta.

Llenó á toda prisa su aceitera en el último cuero, y volvió á la cocina, en donde después de haber echado aceite al velón y haberlo encendido, cogió una caldera grande y se fué á la cuadra en donde la llenó de aceite. La pone al fuego, y aplica debajo mucha leña. Hierve por fin el aceite, toma la caldera, y derrama sucesivamente en todos los cueros cantidad de aceite hirviendo, bastante para ahogarlos y quitarles la vida.

Terminada esta operación volvió á la cocina con la caldera vacía, y cerró la puerta. Apagó el fuego que habia encendido, y no deja sino lo necesario para acabar de cocer el puchero de Alí. En seguida apagó el candil, y esperó resuelta á no acostarse hasta haber observado lo que sucedía por una ven-

tana de la cocina que daba al patio.

Apenas hacía un cuarto de hora que estaba esperando Morgiana, cuando se despertó el capitán de los ladrones. Miró por la ventana que abrió él mismo, y como no percibiera luz alguna, dió la señal tirando piedrecitas, muchas de las cuales cayeron sobre los cueros. Aplicó el oído, y no escuchando nada que le hiciera conocer que sus gentes se ponían en movimiento tiró piedrecitas segunda y tercera vez; los ladrones no dieron la menor señal de vida, sin que pudiera el capitán comprender la causa. Bajó al patio haciendo el menor ruido posible, se acerca con la misma precaución al primer cuero, y cuando pregunta al ladrón que él cree vivo, si está durmiendo, percibe el olor del aceite caliente y de quemado que exhala el cuero, por donde conoce que se ha malogrado su empresa. Desesperado salió por la puerta del jardín de Alí, que daba al patio, y de jardín en parain pasando por encima de las tapias, escapó.

no o, endo Morgiana ruido alguno, y viendo que no volvía el capitán de los ladrones, después de haber estado esperando algún tiempo, no dudó del partido que había tomado, más bien que procurar escaparse por la puerta de la casa que estaba cerrada con doble vuelta. Satisfecha y llena de gozo de haber salido tan bien con su intento de poner toda la casa á cubierto, se acostó por fin y

se durmió.

Alí salió antes de amanecer y fué al paño seguido de su esclavo, sin saber nada del segular acontecimiento que había ocurrido en su casa mientras él dormía.

Era ya de día cuando de vuelta del baño entró en su casa; y quedó tan sorprendido de ver todavía los cueros de aceite en su lugar, y de que el mercader no hubiese ido al mercado con sus mulos, que preguntó la causa á Morgiana que había acudido á abrirle y había dejado todas las cosas en el estado en que las veía, para presentarle aquel espectáculo, y explicarle lo que había hecho por su vida.

-Buen amo-dijo Morgiana respondiendo á

Ali, venga usted conmigo.

Alí siguió á Morgiana, quien después de haber cerrado la puerta lo llevó al primer cuero.

—Mire usted—le dijo—y vea si hay aceite en él. Miró Alí, y viendo un hombre dentro del cuero se retiró espantado.

-No tema usted—le dijo Morgiana—este hombre no se halla en estado de hacer mal ni á usted ni á nadie: ya no existe.

—Morgiana — exclamó Alí—¿qué significa lo que acabo de ver? Explícamelo.

-Ya se lo explicaré á usted.

Morgiana relató á su amo cuanto había sucedido la noche anterior.

-No moriré sin haberte recompensado como

merces—dijo Alí cuando la esclava hubo terminado.—Te debo la vida; y para comenzar á darte una señal de mi reconocimiento, desde ahora te concedo la libertad, mientras que completo la obra de la manera que me he propuesto. Estoy persuadido, lo mismo que tú, de que los cuarenta ladrones me habían armado estas asechanzas. Dios me ha librado por tu medio, y espero que continuará preservándome de su perversidad, y que acabando de desviarla de mi cabeza, librará al mundo de su persecución y de su maldita ralea. Lo que tenemos que hacer es enterrar inmediatamente los cuerpos de esta peste del género humano, con tan grande secreto, que nadie pueda sospechar nada acerca de su destino: en o que voy á trabajar con Abdalla.

Hízose como lo había dicho Alí y poco á poco se fueron vendiendo en el mercado los mulos que

habían dejado en la casa los ladrones.

Mientras que Alí tomaba todas estas medidas para ocultar por qué medio se había hecho rico en poco tiempo, el capitán de los ladrones había vuelto al bosque con una pena inconcebible.

La soledad en que se se encontró cuando entró

en la gruta le pareció espantosa.

—¿En dónde estáis—exclamó—valientes camaradas, compañeros de mis vigilias, de mis correrías y de mis trabajos? ¿Qué puedo yo hacer sin vosotros? ¿Cuándo podré yo reunir otra cuadrilla de

gentes de espíritu como vosotros? No puedo m debo pensar en ello, sin haber antes quitado la vida al causante de mis desgracias. Lo que no he podido hacer con mis amigos lo haré solo; y cuando haya puesto este tesoro á cubierto, trabajaré por hacer de modo que no quede sin sucesores ni dueño, y que vaya en aumento hasta el fin de los siglos.

Tomada esta resolución y lleno de esperanza,

con el espíritu tranquilo, pasó la noche.

Al día siguiente, se puso un vestido muy á propósito para el designio que había meditado, y fué á la ciudad en donde tomó una habitación en el kan; y como creía que lo que había pasado en casa de Alí podía haber metido ruido, preguntó al portero, como por vía de conversación, si había algo de nuevo en la ciudad; el portero le habló de todo menos de lo que le importaba saber. De aquí infirió que la razón porque Alí guardaba tan gran secreto procedía de que no quería que se divulgase el conocimiento que tenía del tesoro, y los medios de entrar en él, y de que no ignoraba que por este motivo se atentaba contra su vida.

El capitán se proveyó de un caballo, de que se sirvió para trasportar á su alojamiento muchas clases de telas ricas y lienzos finos, haciendo muchos viajes al bosque con las precauciones necesarias para ocultar el sitio a donde iba à tomarlas. Para despachar estos generos cuando hubiese re-

unido los que juzgara á propósito, buscó una tienda, la encontró, la guarneció de géneros y se estableció en ella.

Después de haberse establecido trabó conocimiento con el hijo de Alí y lo convidó muchas veces á comer.

No quiso el hijo de Alí dejar sin correspondencia los obsequios de Hussain. Habló de esto á su padre, haciéndole notar que no sería decoroso estar más tiempo sin reconocer los obsequios de Hussain.

Alí se encargó con gusto del convite determinando que este se celebrara el viernes de la siguiente semana.

Llegado el día designado se reunieron el hijo de Alí y Hussain y se fueron juntos á pasear. Al volver procuró el hijo de Alí hacer pasar á Hussain por la calle en que vivia su padre, y cuando llegaron delante de la casa, lo detuvo aquel, y llamando á la puerta le dijo:

—Esta es la casa de mi padre, el cual mediante la relación que le hecho de la amistad con que asted me honra, me ha encargado le proporcione el honor de conocer á usted. Suplícole, pues, que añada esta complacencia á las muchas de que le soy deudor.

Aunque Hussain hubièse llegado al objeto que se había propuesto, que era el tener entrada en casa de Alí, para poder quitarle la vida sin aventurar la suya y sin meter ruido, no dejó de escusarse, pero como acababa de abrir el esclavo de Alí, tomó el hijo á Hussain de la mano, y entrando él primero, lo obligó en cierto á entrar.

Recibió Alí á Hussain con agrado, le dió las gracias por las bondades que dispensaba á su hijo, añadiendo que uno y otro le estaban tanto más obligados, cuanto que su hijo era un joven que no conocía aún el mundo, y que él no se desdeñaba de contribuir á formarlo.

Hussain correspondió á estos cumplidos de Alí, asegurándole, que su hijo, tenía un juicio recto que equivalía á la experiencia.

Después de una corta conversación sobre otros asuntos indiferentes, quiso despedirse Hussain, pero Alí, lo detuvo.

- —Caballero—le dijo—suplico á usted me haga el honor de cenar conmigo. La cena que daré á usted es muy inferior á la que merece; pero espero la aceptará con tanto gusto como el que tengo en ofrecérsela.
- —Señor—contestó Hussain—le pido á usted por favor que no lleve á mal que me retire sin aceptar la generosa oferta que me hace, suplicándole que crea no lo hago ni por desprecio ni por falta de política, sino porque tengo para ello una razón que usted mismo aprobaría si le fuese conocida

—¿Y cuál puede ser esa razón?—replicó Alí.—

¿Se puede saber?

—No hay inconveniente en decirla—replicó Hussain;—es que yo no como ni carne, ni guisado que tenga sal.

—Si no tiene usted otra razón—insistió Alí—esa no debe privarme del honor que solicito, á menos que usted se niegue absolutamente. En primer lugar, el pan que se come en mi casa no tiene sal; y en cuanto á la carne y los guisados, yo le prometo que no tendrá la porción que á usted se le sirva; á cuyo efecto voy á dar las órdenes correspondientes.

Fué Alí á la cocina, y mandó á Morgiana que no echase sal á la carne que tenía que servir, y que preparara inmediatamente dos ó tres guisados, entre los que le había mandado, sin echarles sal. Morgiana, que estaba ya dispuesta para sacar la cena, no pudo menos de manifestar su descontento al cir aquello cortes se conden.

al oir aquella extraña orden.

—¿ Quién es ese hombre—dijo Morgiana—que no gasta sal? No se podrá comer la cena si tardo en servirla.

—No te enfades, Morgiana—contestó Alí—es

un hombre de bien, haz lo que te digo.

Obedeció Morgiana, aunque de mala gana, y teniendo curiosidad de conocer á aquel hombre, después que acabó de preparar la cena, y hubo puesto la mesa Abdalla, le ayudó á llevar los platos. Mirando á Hussain, lo reconoció á pesar de su disfraz, y examinándolo con atención, notó que tenía un puñal oculto bajo su vestido.

—Ya no me admiro—dijo para sí—que el malvado no quiera comer sal con mi amo; es su más mortal enemigo, quiere asesinarlo; pero yo se lo

impediré.

Cuando Morgiana hubo acabado de servir la cena, ó hacerla servir por Abdalla, aprovechó el tiempo, mientras cenaban, en hacer los preparativos necesarios para la ejecución de un golpe de los mas atrevidos; y acababa de disponerlo, cuando fué á advertirle Abdalla que era ya tiempo de servir los postres. Los llevó ella misma, colocando cerca de Alí una mesita sobre la cual puso vino y tres tazas; y al salir llevó al esclavo para cenar juntos, y dejar á Alí, según costumbre, en libertad de conversar con su huésped, y hacerle beber bien.

Entonces Hussain, creyó que había llegado la

ocasión de quitar la vida á Alí.

—Voy—dijo para sí—á hacer que se emborrachen padre é hijo, y éste, á quien quiero conceder la vida, no me impedirá llevar á cabo mi intento, escapándome después por el jardín, como lo he hecho ya otra vez, mientras que la cocinera y el esclavo estén cenando, ó se hayan dormido en la cocina. En lugar de cenar, Morgiana que había penetrado la intención del falso Hussain, no le dió tiempo de ejecutar su maldad. Se vistió de bailarina y se ciñó un cinto de plata sobredorada, al que colgó un puñal cuya vaina y mango eran del mismo metal: y con esto se puso una hermosa máscara en el rostro. Disfrazada de este modo, dijo al esclavo.

— Abdalla, toma tu pandereta y vamos á dar al huésped de nuestro amo, la diversión que le damos á él algunas veces.

Tomó Abdalla la pandereta y comenzó á tocarla caminando delante de Morgiana. Al entrar aquella detrás de él, hizo una profunda reverencia con aire resuelto y capaz de llamar la atención, como pidiendo permiso de ostentar lo que sabía hacer.

Como vió Abdalla que quería hablar Alí, cesó

de tocar la pandereta.

—Entra, Morgiana, entra—dijo Alí—Hussain juzgará de lo que tú eres capaz, y nos dirá lo que piensa.

Caballero—dijo á Hussain volviéndose hacia él—no crea usted que me comprometo en gastos para dar á usted esta diversión. Todo lo encuentro en mi casa, y ya está usted viendo que son mi esclavo y mi cocinera y despensera al mismo tiempo, los que me la dan. Espero que no le será à usted desagradable.

No contaba Hussain con que Alí debiese añadir aquella diversión á la cena que le había dado; lo que le hizo temer que no podría aprovecharse de la ocasión que creía habérsele venido á la mano. En caso de que así sucediese, se consoló con la esperanza de encontrarla otro día. Así, aunque hubiera deseado que Alí se dispensase de dársela, aparentó que se lo agradecía, y tuvo la complacencia de manifestarle que lo que le daba gusto, no podía dejar de dárselo también á él mismo.

Cuando vió Abdalla que Alí y Hussain habían cesado de hablar, comenzó de nuevo á tocar su pandereta, y cantó un aria á propósito para bailar; y Morgiana que no cedía á ninguna bailarina de

profesión, bailó admirablemente.

Después de haber emprendido muchos géneros de bailes con la misma elegancia y el mismo brio, sacó por último el puñal, y teniéndolo en la mano emprendió un baile en el que sobrepujó á sí misma por las diferentes figuras, por los movimientos ligeros, por los saltos maravillosos y los singulares ademanes con que lo acompañó, tan pronto presentando el puñal por delante como para herir, tan pronto aparentando que se hería ella misma en el seno.

Al fin, como si estuviese ya fuera de aliento arrancó la pandereta de las manos de Abdalla con su mano izquierda, y teniendo el puñal en la de-



Bailó admirablemente.

recha, tué á presentar la pandereta por su concavidad á Alí imitando á los bailarines y bailarinas de profesión que acostumbran á hacerlo así para solicitar la liberalidad de los espectadores.

Alí echó una moneda de oro en la pandereta de Morgiana, y el hijo siguió el ejemplo de su padre. Hussain que vió que iba á presentarse también á él, había sacado ya el bolsillo para hacerle su regalo, y estaba metiendo la mano en ella, cuando Morgiana con un valor digno de la firmeza y de la resolución que había mostrado hasta entonces, le metió el cuchillo en medio del corazón tan profundamente, que no lo retiró hasta después de haberle hecho exhalar la vida.

Aterrados ante esta acción Alí y su hijo prorrumpieron en un gran grito.

- Ah, infame! - exclamo Ali-joué has hecho?

¿Quiéres perdernos á mi y á mi familia?

-No quiero perder a usted-respondió Morgiana;-lo he hecho para salvarle.

Entonces abriendo el vestido de Hussain, y mostrando á Alí el puñal de que estaba armado:

—Vea usted—le dijo—con qué cruel enemigo iba usted, á habérselas, mírele usted bien el rostro, y reconecerá en él al fingido mercader de aceite, y al verdadero capitán de los ladrones. ¿No recuerda usted tambien que no ha querido comer sal con usted? ¿Qué quiere usted todavía más para

persuadirse de su criminal designio? Antes de haberlo visto, había entrado ya en sospechas en el momento que me dijo usted que tenía semejante convidado, y ya ve usted que mi sospecha era bien fundada.

Alí que conoció la nueva obligación de que era deudor á Morgiana por haberle conservado la vida

segunda vez, no pudo menos de abrazarla.

—Morgiana—le dijo—cuando te di la libertad, te prometí que no pararía en eso mi reconocimiento, y que bien pronto le haría llegar á su colmo. Ha llegado ya ese tiempo, y te hago mi nuera.

Dirigiéndose en seguida á su hijo:

—Hijo mío—añadió Alí—te creo bastante buen hijo para que no extrañes que te dé á Morgiana por mujer sin consultarte. No le debes tú menos obligaciones que yo. Ya ves que Hussain no había solicitado tu amistad sino con el propósito de conseguir mejor el quitarme la vida á traición; y si hubiera salido con su intento, no dudes que te hubiera sacrificado tambien a su venganza. Considera además que casandote con Morgiana te casas con el sostén de mi familia mientras que yo viva, y con el apoyo de la tuya hasta el fin de tus días.

Lejos de manifestar el hijo ningún reparo, indicó que consentía en aquel casamiento, no solamente porque no quería desobedecer á su padre, sino por-

que le inducía á él su propia inclinación.

Enseguida se ocuparon en la casa de Ali de enterrar el cuerpo del capitán junto á los de los otros ladrones; y se hizo con tanto secreto, que no se tuvo conocimiento de ello hasta después de muchos años, cuando ya nadie se hallaba interesado en la publicación de esta historia memorable.

Pocos días después celebró Alí las bodas de su hijo y de Morgiana con grande solemnidad y con un magnífico banquete, acompañado de danzas, de espectáculos y otras muchas diversiones.

No hay que decir que vivieron muy felices y que así ellos, como sus descendientes, utilizaron el conocimiento de aquel tesoro para vivir en la abundancia y hacer al mismo tiempo la dicha de muchos menesterosos que bendijeron sus nombres.



EL CORDERO SIN HÍGADO.

Cuando nuestro bendito San Pablo andaba todavía por la tierra, de una ciudad á otra, predicando el Evangelio y dando muchas señales de su origen celestial, se llegó á él un sencillo soldado y le preguntó:

—Compañero, ¿ para dónde caminas? Entonces le contestó San Pablo:

—Estoy recorriendo la tierra y santificando las gentes.

Y el soldado le dijo:

-¿Quieres que vayamos juntos?

—Sí—contestó San Pablo—si quieres ser piadoso y rezar animosamente. El soldado lo prometió así.

Cuando se pusieron juntos en camino, llegaron entre dos aldeas en que estaban tocando las campanas. El soldado, á quien gustaba mucho charlar, preguntó á nuestro Santo:

-Compañero, ¿por qué están tocando las cam-

panas ahí?

San Pablo, á quien eran conocidas todas las cosas, le contestó:

—En una aldea tocan celebrando una boda; en la otra tocan por el entierro de un muerto.

-Anda tú á la aldea del muerto-le dijo el

soldado-que yo iré á la de la boda.

Acto seguido caminó el Santo hacia la dicha aldea, resucitó al muerto y le hicieron un regalo de cien pesetas. El soldado se encaminó á la boda, ayudó á servir la mesa á todos los huéspedes, sirviéndose también á sí mismo, y cuando la boda se terminó, le dieron cinco céntimos. El soldado quedó contento, se puso otra vez en camino y volvió junto á nuestro Santo. Tan pronto como lo vió desde lejos el soldado, levantó su moneda enseñándola en el aire, gritando:

-Mira, camarada, stengo dinero! Y tú, ¿qué

has conseguido?

Y así estuvo vanagloriándose grandemente con su pequeño caudal.

El Santo se rió y le dijo:

-Pues yo tengo bastante más que tú.

Y abriendo sus alforjas, enseñó al soldado las cien pesetas. Pero éste, que no era lerdo, arrojó precipitadamente su pobre moneda entre las cien pesetas, y exclamó:

-; A partir, á partir! ¡Hagamos bienes co-

munes!

Esto lo consintió el Santo.

Continuando su camino, ocurrió que llegaron adonde había una manada de ovejas, y el Santo le dijo al soldado:

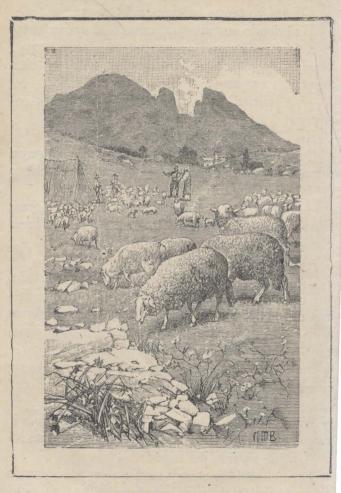
—Anda, compañero, á donde están los pastores; diles que nos den un cordero, y guisa las asaduras con el hígado, todo junto.

-Está bien-dijo el soldado.

Y haciendo lo que el Santo le habia mandado, fué á donde estaban los pastores, hizo que le dieran un cordero, lo desolló y preparó las asaduras para la comida. Al hervir, flotaba el hígado constantemente sobre las demás entrañas; el soldado le empujó con la cuchara para abajo, pero no quería quedarse hundido y esto le disgustó mucho. Tomó un cuchillo, cortó el hígado del resto de la asadura, y como estaba ya guisado, se lo comió. Cuando puso la comida en la mesa, le preguntó el Santo:

-¿ Qué ha sido del hígado?

Pero el soldado tuvo inmediatamente preparada la contestación de que el cordero no tenía higado.



....había una manada de ovejas....

-; Ah!-dijo el buen Santo-¿ pero como hu-

biera podido vivir sin hígado!

Entonces el soldado juró y perjuró de todas veras, por Dios y por todos los santos, que el corderito no había tenido hígado.

¿Y qué hizo al oir esto el Santo?

Hizo que el soldado se callase y se quedase tan tranquilo.

Ocurrió después, que se pusieron otra vez juntos en camino y volvieron á oir tocar las campanas en otras dos aldeas cercanas.

El soldado le dijo:

-Querido, ¿á qué tocan ahí?

—En una aldea tocan á muerto, en la otra á boda—dijo el Santo.

—Bien—replicó el soldado;—ahora tú vas á la

boda, y yo iré donde está el muerto.

Y al decir esto pensaba en ganarse también cien pesetas.

Y continuó preguntando al Santo:

- -Querido, ¿cómo has hecho para resucitar al muerto?
- —Pues le dije—contestó el Santo:—«¡Levántate en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo!» y él se levantó.

-Muy bien-exclamó el soldado;-ahora ya

lo sé yo hacer también.

Y se marchó á la aldea, donde se encontró con

el muerto al entrar. Cuando el soldado vió el entierro, gritó con voz clara:

—; Alto, alto! Yo le volveré la vida, y si no le resucito me dejaré ahorcar sin formación de causa ni sentencia de juez.

Las buenas gentes se alegraron mucho al oir esto, prometieron al soldado cien pesetas, y colocaron en el suelo el ataúd donde yacía el muerto. El soldado abrió la caja y empezó á decir:

— Levántate en nombre de la Santísima Tri-

nidad!

Pero el muerto no quiso levantarse. El soldado se sintió apenado, repitió sus bendiciones por segunda y tercera vez, pero cuando vió que aquél no se levantaba, exclamó:

—; Pues entonces vete al cuerno ó quédate ahí tendido!

Cuando aquellas gentes oyeron estas palabras y vieron que habían sido engañados por aquel mentecato, dejaron en el suelo el ataúd, cogieron al soldado y se lo llevaron corriendo á la horca, pusieron la escalera y lo subieron.

San Pablo continuó tranquilamente su camino porque sabía muy bien lo que le había de pasar á su compañero de viaje, pero queriendo ver cómo se conducía, vino al tribunal y exclamó:

-; Oh, buen amigo! ¿qué es lo que has hecho? ¿en qué situación te excuentro?



-¡Levántate en nombre de la Santísima Trinidad!

El soldado, que estaba furiosamente irritado, empezó á injuriar al Santo porque no le había enseñado bien la bendición.

—Yo te he enseñado bien—dijo el Santo—pero tú no lo has aprendido; pero sea esto lo que fuere, ahora importa poco. ¿Quieres decirme qué ha sido del hígado y te libro de tu castigo?

—¡Ay!—dijo el soldado—¡el cordero verdaderamente no tenía hígado! ¿qué me achacas á mí

de eso?

—¡ Ya veo que de ningún modo quieres decirlo—le replicó el Santo; —pues bien, confiésalo y te resucitaré el muerto.

Pero el soldado empezó á gritar:

—¡ Ahorcadme, ahorcadme! y así me libraré de este martirio. Este quiere martirizarme con lo del hígado del cordero, y ya está oyendo que no tenía hígado. ¡ Ahorcadme ahora mismo, pronto!

Cuando oyó San Pablo que el soldado quería dejar que le ahorcasen más bien que confesar la verdad, le mandó bajar del patíbulo y después re-

sucitó al muerto.

Cuando se retiraban de aquel lugar, le dijo el Santo al soldado:

—Ven acá; vamos á partir el dinero ganado, y después nos separaremos, pues es demasiada tarea para mí el andarte librando de la horca á cada paso.



....vamos á partir el dinero....

Tomó, pues, las doscientas pesetas y las distribuyó en tres partes. Cuando vió esto el soldado, preguntó:

-¿ Qué es lo que haces, querido? ¿ por qué lo distribuyes en tres partes cuando nosotros no

somos más que dos?

—Pues es—contestó el bondadoso Santo—porque una parte está destinada para mí, la otra parte es tuya y la tercera es para el que se haya comido el hígado.

Cuando el soldado oyó esto exclamó alegre-

mente:

-Entonces, por Dios y todos sus amados santos, yo he sido el que lo he comido!

Se apoderó también de su tercera parte y se

despidió del Santo apóstol.



EL BUFÓN DEL REY

Había en una ciudad un sastre que tenía una mujer muy hermosa, á quien amaba mucho. Un día fué á sentarse á la puerta de su tienda un jorobado, y comenzó á cantar acompañándose con una pandereta.

Así que le hubo visto el sastre, resolvió llevarlo

á su casa, diciendo para sí:

-Nos divertirá esta noche con sus canciones.

Hizo la proposición al jorobado, y habiéndola aceptado, cerró el sastre su tienda y se llevó á su casa al cantor.

La mujer del sastre, que tenía puesta la mesa porque era hora de cenar, presentó un buen plato



....acompañándose con una pandereta.

de pescado cocido. Sentáronse los tres á la mesa, y se pusieron á comer. Hacia el fin de la comida, el jorobado se tragó una espina y murió á los pocos momentos, sin que el sastre ni su mujer pudiesen remediarlo. Quedaron ambos esposos espantados de este accidente, y tenían motivo para temer que, si llegaba á saberlo la justicia, los castigarían. Pensando cómo remediarían aquella desgracia, encontró el marido el medio de deshacerse del muerto. Vivía en la vecindad un médico judío; cogieron marido y mujer al jorobado, y lo llevaron hasta la casa del médico. Llamaron á su puerta, aprió la criada y les preguntó lo que querían.

—Diga usted á su amo—contestó el sastre—que le traemos un hombre enfermo, para que le dé algún remedio. Tome usted—añadió, poniéndole en la mano una moneda de plata—déle usted esto para que no crea que no pensamos pagarle.

En tanto que la criada entró á avisar al médico, el sastre y su mujer llevaron el cuerpo del jorobado á lo alto de la escalera; lo dejaron allí, y se volvieron á su casa.

La criada anunció al médico que un hombre y una mujer le esperaban en la puerta para que viera á un enfermo, y le habían dado dinero; transportado de gozo al verse pagado de antemano, creyó el judío que le llevaban un buen negocio, y salió precipitadamente, sin esperar á que le alumbrasen. Una vez en el descanso de la escalera, tropezó con el jorobado, al que dió con el pie en el costado con tanta fuerza, que le hizo rodar hasta el último escalón.

—; Traiga usted una luz!—gritó á la criada el pobre médico.

Cuando se la trajeron y vió que lo que había rodado era un hombre, se quedó helado de espanto.

—¡ Infeliz de mí!—decía—¿ Por qué me he empeñado en bajar sin luz? Yo soy la causa de su muerte; estoy perdido. ¡ Ay de mí! Pronto ven-

drán á prenderme.

Á pesar de su turbación tuvo la precaución de cerrar la puerta, temeroso de que alguno que pasase por la calle advirtiese la desgracia de que él se creía causa. Luego tomó el cuerpo del jorobado, y lo llevó al cuarto de su mujer, á quien faltó poco para desmayarse, viéndole entrar con tan fea carga.

—; Ah! Somos perdidos—exclamó la mujer—si no hallamos medio de sacar de casa este jorobado. Nos costará seguramente la vida. ¡Infeliz! ¿Cómo has hecho para matar á este hombre?

-No se trata de eso-respondió el judío-sinc-

de bûscar remedio á un mal tan urgente.

— Se me ocurre una idea — dijo la mujer.— Subamos al jorobado al terrado de la casa y bajémoslo por la chimenea á casa de nuestro vecino,

el proveedor del Sultán, y tendrán con él más consideraciones.

Aprobó el médico el proyecto, cogieron al jorobado, lo llevaron al terrado, y después de haberle pasado unas cuerdas por los sobacos, lo bajaron por la chimenea tan suavemente, que quedó de pie contra la pared como si estuviese vivo.

No bien habían concluído esta operación, cuando entró en su cuarto el proveedor, que volvía de un banquete á que había sido convidado aquella noche; tenía un farol en la mano, y viendo á favor de su luz un hombre de pie en la chimenea, quedó sorprendido; é imaginando que era un ladrón, cogió un palo y se fué hacia el jorobado.

—¡Yo me figuraba—dijo—que eran las ratas las que se comían mi manteca y mis grasas, y eres tú que bajas por la chimenea á robarme! No creo que vuelvas á venir aquí otra vez.—Y dicho

esto, molió al jorobado á palos.

Cayó el cadáver boca abajo, y el proveedor redobló sus golpes; pero notando que el hombre á que maltrataba no hacía ningún movimiento, se detuvo, y observó que estaba muerto.

—¿Qué he hecho, miserable?—dijo.—Acabo de matar á un hombre: ¡ah! ¡me he excedido en m. venganza! ¡Malditas sean las grasas y los aceites, que son la causa de que haya cometido este crimen!

¡ Maldito jorobado! ¡ Pluguiese á Dios me hubieses robado todas mis grasas, y que no te hubiese encontrado aquí! No me hallaría ahora en el compromiso en que me has puesto.

Al decir esto, cargó con el jorobado al hombro, salió de su cuarto, fué hasta el extremo de la calle, en donde lo puso de pie y apoyado contra la puerta de una tienda, y se volvió corriendo á

su casa, sin volver la vista atrás.

Algunos momentos antes de amanecer, le ocurrió al dueño de la tienda salir de su casa, y tropezó con el jorobado, cayendo éste sobre la espalda del comerciante, el cual, creyendo era algún ladrón que lo atacaba, lo echó á tierra de un puñetazo en la cabeza, y dándole en seguida otros muchos, comenzó á gritar: «¡Al ladrón!»

Llegó la guardia del barrio, y le preguntaron:

-¿Por qué pega usted á ese hombre?

—Ha querido robarme—respondió el comerciante—y se ha echado sobre mí para agarrarme del pescuezo.

—Bastante se ha vengado usted—replicó uno de los guardias tirándole del brazo:—; Quite usted

de ahí!

Al mismo tiempo tendió la mano al jorobado para ayudarle á levantar; pero notando entonces que estaba muerto, le dijeron al comerciante:

-¿Cómo te has atrevido á dar muerte á este



....y apeyado contra la puerta de una tienda....

hombre?—Y dicho esto, cogieron preso al pobre hombre nasta que se presentase el juez para inte-

rrogar al acusado.

El juez, conforme al informe de la guardia, interrogó al comerciante, quien no pudo negar el delito que, sin embargo, no había cometido, por

más que él creyera lo contrario.

Como el jorobado era uno de los bufones de la Corte, no quiso el juez condenar al comerciante sin conocer primero la voluntad del Sultán. Al efecto se fué al palacio real á darle cuenta de lo que pasaba.

-Vete-le dijo por toda respuesta el Sultán;-

cumple con tu deber.

Al oir esto, hizo el juez levantar una horca, y envió pregoneros por la ciudad para que publicasen que iba á ahorcar á un comerciante por haber muerto á un bufón del Rey.

Ya iba á cumplirse la sentencia, cuando se abrió paso por entre la multitud el provedor del Sultán, gritando al verdugo:—¡No hay que darse prisa, buen hombre! Yo soy quien ha hecho la muerte; ese pobre hombre es inocente.

El juez interrogó al proveedor, que le contó de qué manera había muerto al jorobado, y acabó diciendo que había llevado su cuerpo al sitio en que lo encontró el comerciante sentenciado.

-- Usted, señor juez, iba-añadió el proveedor-

á hacer perecer á un inocente, pues que no pudo haber muerto á un hombre que ya lo estaba de antemano.

Habiéndose acusado á sí mismo el proveedor, no pudo menos el juez de hacer justicia al comerciante.

—Deja—dijo al verdugo—deja ir libre á ese infeliz, y cuelga en su lugar á este hombre, pues él mismo confiesa que es el asesino.

Púsose en libertad al comerciante, é iba á ejecutarse la sentencia en la persona del proveedor, cuando se escuchó la voz del médico judío que rogaba con instancia se suspendiese la ejecución, y haciendo esfuerzos por abrirse paso para llegar al pie de la horca.

Cuando estuvo delante del juez, le dijo:

—Este hombre, que iba á ser ahorcado, no merece la muerte: yo soy el único criminal. Ayer por la noche un hombre y una mujer que no conozco, vinieron á llamar á mi puerta para que curase un enfermo que me llevaban. Mi criada les abrió, recibiendo de ellos una moneda de plata, como pago de mi trabajo. Mientras la criada me hablaba, subieron al enfermo á la parte superior de la escalera, lo dejaron allí, y desaparecieron. Yo bajé, sin esperar á que me alumbrasen; y en medio de la obscuridud, tropecé con el enfermo, al que hice rodar por la escalera abajo. Ví que estaba muerto, cogi-

mos el cadáver entre mi mujer y yo, lo subimos al terrado de nuestra casa, desde allí lo pasamos á la del proveedor, nuestro vecino, y lo bajamos á su cuarto por la chimenea. Habiéndolo encontrado el proveedor, lo trató como á un ladrón, le dió de palos y creyó haberlo muerto. Yo soy, pues, el único autor de esta muerte; y aunque lo he sido contra mi voluntad, he resuelto expiar mi crimen, para no tener que echarme en cara la muerte de dos semejantes, y no permito que quite usted la vida al proveedor del Sultán, cuya inocencia acabo de demostrar.

Cuando el juez se persuadió de que el médico era el asesino, mandó al verdugo que se apoderase de su persona y dejase en libertad al proveedor. Tenía ya el médico el cordel al cuello, é iba á dejar de existir, cuando se oyó la voz del sastre, que suplicaba al verdugo no ahorcase al médico, y al juez que mandase hacerle paso para adelantarse hacia él. Habiendo podido franquear la barrera humana que le separaba del lugar del suplicio, dijo:

—Señor juez, ayer por la tarde trabajaba yo en mi tienda, y tenía, como siempre, ganas de divertirme, cuando llegó el jorobado medio borracho, y se sentó frente á mi tienda. Estuvo cantando á mi puerta, y habiéndole propuesto que viniese á divertirnos un rato, consintió en ello y lo llevé conmigo; nos sentamos á la mesa. v habiéndose puesto



Tenía ya el médico el cordel al cuello...-

espina en la garganta, y murió á poco, sin que mi mujer y yo pudiéramos evitarlo. Nos afligimos, como es consiguiente, al verlo muerto; y temiendo que nos prendiesen, llevamos el cadáver á la puerta del médico judío, llamé, y dije á la criada que vino aorir que supicase a su amo, de nuestra parte, bajase á ver un enfermo que le llevábamos. A fin de que no se negara á bajar, le dí una moneda de plata. En cuanto subió llevé al jorobado a lo más alto de la escalera, lo dejé en la primera grada, y nos retiramos á nuestra casa.

Al bajar el médico, hizo rodar al jorobado, y esto le indujo á creer que era la causa de su muerte.

Así, pues—añadió—deje usted libre al médico,

y hágame morir á mí en su lugar.

—Suelta al médico—dijo el juez al verdugo; y cuelga al sastre, puesto que confiesa su delito.

Habiendo el verdugo puesto en libertad al mé-

dico, pasó el cordel por el cuello del sastre.

Apenas hubo hecho esto, se presentó delante del juez un cirujano de luenga barba, que dijo al magistrado:

-Antes de matar á nadie, ¿se os ha ocurrido

averiguar si el jorobado está muerto?

-No tal, no se me había ocurrido, contestó el juez; pero ahora que decis esto, me parece muy extraño que un hombre se haya muerto tan de re-

pente por haberse clavado una espina de pescado.

Mandó traer el juez al jorobado, y poniéndolo á los pies del cirujano, le dijo:

-Ved si esta muerto.

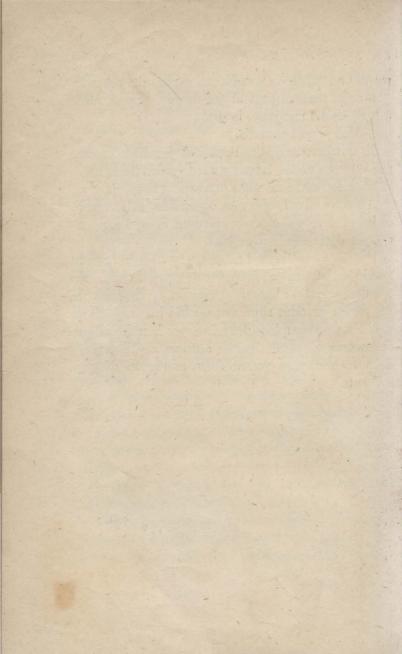
El cirujano abrió la boca del jorobado, metio por ella sus dedos largos y flacos y tiró hacia afuera, sacando entre las uñas una espina larga y corva.

Apenas hubo hecho esta operación, el jorobado se levantó y, haciendo una pirueta, escapó corrien-

do, sin decir siquiera gracias.

Pusieron en libertad al sastre, y todo el mundo quedó satisfecho del proceder de aquellos hombres á quienes mandó llamar el Sultán, y después de regalarles grandes riquezas, les dió los mejores y más honrosos empleos del reino, por la nobleza que demostraron, confesándose autores de la muerte del jorobado, para que no fuera castigado ningún inocente.







EL CASTIGO DE UN AMBICIOSO

Salió una tarde á pasear por la ciudad, capital de sus Estados, un príncipe con su primer ministro. Al atravesar una calle de los extramuros se les presentó á pedir limosna un ciego de edad avanzada, al cual dió el Monarca una moneda de oro.

Al tomar la moneda, el ciego le detuvo diciéndole:

—Señor, quien quiera que seáis, ya que Dios os ha inspirado para que hagáis esta obra de caridad, no me neguéis otro favor, que es darme un bofetón; merezco este castigo, y aun otro mayor.

Al acabar de decir estas palabras, soltó la mano del Rey, que tenía cogida, para que éste pudiero darle lo que le suplicaba; pero temiendo que se

fuese, le cogió de la ropa.

—Buen hombre—le dijo el Monarca—no puedo concederte lo que me pides; me guardaré muy bien de quitar el mérito á la limosna que acabo de hacerte accediendo á tu súplica.

Diciendo esto, se esforzaba por desasirse del

ciego mendigo.

Este, que esperaba sin duda la resistencia de su

bienhechor, no le dejó partir, y continuó:

—Perdonad mi atrevimiento é importunidad; os suplico que me déis el bofetón, ó, de lo contrario, os devuelvo vuestra limosna; no puedo recibirla sino de este modo, so pena de faltar á un juramento solemne que he hecho á Dios. Si conocieseis el motivo, convendríais conmigo en que este castigo es muy leve.

El Rey cedió por fin á las exigencias del ciego, rozando tan sólo su cara con la punta de los dedos, y continuó su marcha con su ministro, seguido por las bendiciones que el ciego le prodigaba. Apenas anduvieron unos cuantos pasos, dijo el

primero:

—Es preciso que sea un motivo de gran importancia el que obliga á ese ciego á conducirse de semejante modo con los que le favorecen; me alegraría saberlo; con que así, volvámonos á preguntarle.



....seguido por las bendiciones que el ciego le prodigaba.

Volvieron atrás hasta encontrar de nuevo al

ciego, al que dijo el ministro:

—Buen hombre; el Rey, que es quien antes te socorrió y que está aquí, desea que le refieras el motivo que te ha impulsado á hacer semejante juramento: en la inteligencia que, según sean las causas que me manifiestes, permitirá ó no que sigas ejerciendo un oficio que da tan malos ejemplos. Así, pues, nada ocultes, porque el Rey quiere saberlo todo, todo absolutamente.

El ciego se puso de rodillas ante el Rey, y después de levantarse por mandato del Monarca, ha-

bló así el mendigo:

Señor: nací en Persia y heredé una regular fortuna por la muerte, casi seguida, de mis padres. Aunque de pocos años, no me conduje como hubiera hecho otro joven cualquiera de mi edad, disipando mis bienes; al contrario, hice cuanto pude para aumentar mi capital é industria por medio del trabajo, llegando á reunir, de mi pertenencia, hasta ochenta camellos, los cuales alquilaba á los mercaderes de las caravanas, cuyos alquileres me producían fuertes sumas cada viaje.

Cierto día, viniendo de la India con mis camellos, adonde habían ido con cargas de mercancías, los dejé para que pastasen en un sitio retirado, cuando un peregrino se acercó á donde yo me hallaba, y sentóse á mi lado á fin de tomar algún descanso. Preguntéle de dónde venía y adónde iba; él me hizo las mismas preguntas, y luego que hubimos satisfecho nuestra curiosidad, juntamos nuestras provisiones y comimos juntos.

Cuando concluimos de hacer nuestra comida, y después de hablar de diferentes cosas, me dijo el peregrino que á cierta distancia del sitio donde nos hallábamos había escondido un tesoro, con el cual podía cargar mis ochenta camellos de oro y piedras preciosas, sin que se notase en él falta alguna.

Esta nueva me sorprendió, causándome mucho contento. No creí al peregrino capaz de enga-

ñarme, y le dije:

—Buen peregrino, por vuestro estado sé que tenéis poco apego á los bienes terrenales, por cuya razón ¿ de qué os serviría ese tesoro? Vos sólo no podríais llevaros gran cosa; enseñadme donde se halla, cargaré mis ochenta camellos, de los cuales os regalaré uno en recompensa del beneficio que me habéis hecho.

El peregrino, que advirtió mi extraordinaria codicia, no se escandarizó de la poco razonable oferta que acababa de hacerle.

—Hermano—me dijo:—la proposición que me hacéis no es proporcionada al servicio que exigís de mí. Yo pudiera no haberos descubierto este secreto; pero al comunicároslo, os he dado una prueba de que deseo hacer vuestra fortuna y la mía.

Decís que tenéis ochenta camellos; pues bien, iremos con ellos donde se halla el tesoro, los cargaremos con todo el oro y pedrería que puedan sostener, con la condición de que cada uno nos llevaremos la mitad, después de lo cual nos iremos donde nos parezca. Creo que la proposición no puede ser más equitativa; porque si bien es verdad que vos me dáis cuarenta camellos, también es cierto el que yo os proporciono un medio de poder comprar cien mil.

Yo no dejaba de conocer que lo que me proponía el peregrino era justo; pero no teniendo en cuenta las grandes riquezas que podía adquirir por este medio, atendí sólo á la pérdida de la mitad de mis camellos, sobre todo cuando consideraba que el peregrino había de quedar tan rico como yo. Sin embargo, era preciso que aceptase la condición ó que me resolviese á arrepentirme toda mi vida de haber perdido la ocasión de adquirir una inmensa fortuna.

Acepté, pues; reuní mis camellos y emprendimos juntos el camino. Después de andar un poco de tiempo, llegamos á un valle, cuya entrada era tan estrecha. que mis camellos tuvieron que pasar de uno en uno. Las dos montañas que formaban este valle eran tan altas, escarpadas é in-

transitables, que no había miedo de que nadie pudiera descubrirnos.

Cuando estuvimos entre estas dos montañas,

me dijo el peregrino:

—Haced parar vuestros camellos y ponedlos de modo que podamos cargar más fácilmente; así que hagáis esto, entraremos en el lugar donde se encierra el tesoro.

Hice lo que el peregrino me había dicho, y me reuní con él en seguida. Le encontré juntando un poco de leña seca para encender fuego, en el que arrojo un perfume diciendo algunas palabras cuyo sentido no comprendí, y se levantó una espesa humareda. Separó ésta, y en el acto se presentó una puerta de dos hojas, abierta en la misma roca con admirable artificio,

Esta abertura nos dejó ver en la profundidad de la roca un palacio, que parecía obra más bien de los ángeles que de los hombres, pues no era creible que éstos pudieran haber pensado siquiera en una obra tan maravillosa y sorprendente.

Entonces, sin admirar siquiera las infinitas riquezas que veía por todas partes, y sin pararme á contemplar el orden con que estaban arreglados tan preciosos tesoros, caí como el águila sobre su presa, sobre ía primer vasija que ví llena de monedas de oro y empecé á echar en un saco, de que me había provisto, cuantas podia llevar.



....llena de monedas de oro.....

El peregrino no se cuidaba, por su parte, en llenar los sacos, pues advertí que le agradaba más la pedrería; y como me dijese el por qué tomaba ésta con preferencia al oro, seguí su ejemplo, por lo cual llevamos más cantidad de piedras preciosas que de oro. Por último, después de llenados nuestros sacos, los cargamos en los camellos.

Antes de cerrar de nuevo la puerta, el peregrino entró en la gruta; y observé que sacó de un jarrón una cajita y se la guardó, después de haberme enseñado una especie de pomada que había en ella.

El peregrino volvió á cerrar la puerta, y la roca me pareció tan entera como antes.

Partimos nuestros camellos, me puse á la cabeza de los cuarenta que me pertenecían, y el peregrino á la de otros cuarenta que yo le había cedido.

Salimos del valle por donde habíamos entrado, y fuimos juntos hasta el camino real, en donde debíamos separarnos. Dile gracias por el beneficio que me había hecho, nos abrazamos, y después de habernos despedido una y mil veces, nos apartamos uno de otro.

Apenas anduve unos cuantos pasos para alcanzar á mis camellos, que seguían marchando, cuando la envidia se apoderó de mi corazón y empecé á sentir la pérdida de mis cuarenta camellos, y las riquezas de que estaban cargados. El peregono, decía yo, no necesita de todas estas riquezas, pues que siendo dueño de los tesoros, puede tener cuantas quiera. Por lo tanto, me decidí á arrebatarle los camellos y cargas que se llevaba.

Hice parar á mis camellos y eché á correr en busca del peregrino, dándole voces para que me esperase. Detuvo aquél sus camellos y me aguardó en megio del camino

Una vez á su lado le dije:

—Al separarnos hace un momento, he reflexionado que sois un hombre acostumbrado á vivir tranquilo, ajeno á las cosas del mundo: ignoráis, por tanto, el trabajo que os habéis impuesto a encargaros de la conducción de esos camellos; si queréis seguir mi consejo, no debéis llevar más que treinta, y aun con éstos será difícil vuestra tarea.

—Tenéis razón—contestó el peregrino;—no había pensado en ello; elegid los diez que más os plazcan, y lleváoslos en paz y gracia de Dios.

Separé diez y los encaminé hacia donde se hallaban los míos. No creí haber hallado tanta docilidad en el peregrino, y esto aumentó mi codicia por lo cual supuse que, con la misma facilidad podría obtener otros diez; así fué, que en vez de darle las gracias por el presente que acababa de hace, ne, volví á decirle:

—Es tan grande el interés que me tomo por vos, que no puedo resolverme á dejaros sin haceros presente la gran dificultad que ofrece el manejo de treinta camellos. Más cuenta os tendría cederme otros diez, sin que os figuréis que al haceros esta observación me mueve el interés, sino únicamente el deseo de seros útillejad el cargo de otros diez camellos á un hombre como yo, á quien lo mismo le cuesta manejar ciento que uno.

El peregrino me cedió otros diez camellos sin la menor resistencia, por manera que sólo le quedaban ya veinte, al paso que yo era dueño de sesenta, cuyo valor excedía á las riquezas de muchos

soberanos.

Lejos de contentarme con esto, y alentado por la facilidad con que lo había alcanzado, semejante á un hidrópico que cuanto más bebe más sed tiene, sentí deseos de adquirir los veinte camellos que le restaban.

Redoblé mis instancias y mis súplicas para que me codiese otros diez de los veinte que le quedaban. Consintió gustoso, en vista de lo cual no titubeé en pedir los diez restantes.

—Emplead bien esas riquezas, hermano—me dijo—y acordáos de que Dios puede disponer de ellas como nos las ha dado, si no las empleamos en socorrer á los pobres.

Ocurrióseme la idea de que la cajita de pomada

que se guardó el peregrino podía valer más que todas mis riquezas, y que por eso me había cedido tan fácilmente su parte. El sitio de donde la ha tomado, decía yo, y el empeño que tuvo en apoderarse de ella, me hacen creer que esto oculta algún misterio; así es que me dispuse á hacerme dueño de la cajita. Acababa de darle un abrazo de despedida, cuando me volví hacia á él y le dije:

—¿ Qué quéreis hacer de la cajita de pomada? Es cosa tan insignificante, que no vale la pena de que os quedéis con ella. Así como así, un peregrino como vos, que ha renunciado á las vanidades

mundanas, no necesita pomada.

Lejos de rehusármela como esperaba, el peregrino la sacó y me la ofreció con la mayor afabilidad.

Ahí la tenéis, hermano mío; ved si puedo hacer algo más por vos.

Así que tuve la caja en mis manos, la abrí, y le dije:

-Ya que sois tan complaciente, os suplico me

digáis cuál es el uso de esta pomada.

— Si os aplicáis un poco de ella sobre el ojo izquierdo, veréis los tesoros que hay ocultos en el seno de la tierra; pero si os la ponéis sobre el derecho, os quedaréis ciego.

-Tomad la caja—le dije—y aplicadme la pomada sobre el ojo izquierdo: vos entenderéis eso



-Tomad la caja....

mejor que yo; estoy impaciente por saber una cosa que me parece increíble.

El peregrino se apresuró á complacerme, y habiéndome hecho cerrar el ojo izquierdo, me aplicó la pomada. Una vez hecho esto, me quedé sorprendido al ver tantos tesoros de tan distintas riquezas, que me sería imposible describir. Pero como era preciso que tuviese el ojo derecho tapado con la mano y esto me fatigaba, supliqué al peregrino que me aplicase la pomada igualmente sobre este ojo.

—Debo recordaros—me contestó el peregrino que poniendoos la pomada sobre el ojo derecho quedaréis ciego al instante, pues tal es la virtud

de este específico.

—Hermano mío—le repliqué, creyendo que me engañaba:—no parece natural que esta pomada cause dos efectos tan contrarios.

—Os ruego—me contestó el peregrino—que me creáis en nombre de Dios, pues nunca falto á la verdad.

No lo creí, á pesar de sus protestas; el deseo de recrearme contemplando todos los tesoros de la zerra, me impedía escuchar sus consejos, y no me persuadía de aquello que fuera cierto.

En el estado en que me hallaba, me figuré que si aquella pomada aplicada sobre el ojo izquierdo tonía la virtud de hacerme ver todos los tesoros de la tierra, tal vez aplicándola sobre el derecho podría tenerlos á mi disposición. Aferrado á esta idea, obligué al peregrino á que me la aplicase sobre el ojo derecho, á lo que él se opuso constantemente, diciéndome:

—Después de haberos hecho, hermano mío, un beneficio tan grande, no puedo resolverme á causaros un mal mucho mayor. Pensad lo triste que es verse privado de la vista, y no me pongáis en la necesidad de complaceros.

—Hermano—le repliqué—dejad á un lado toda esas dificultades. Concededme el último favor qu

os pido.

El peregrino se resistió aún cuanto pudo; pero como viese que estaba yo dispuesto á que me complaciese á la fuerza, me dijo.

Voy á obedeceros, puesto que así lo queréis.

Tomó un poco de la pomada y la aplicó sobre el ojo derecho que yo había cerrado; pero ¡ay! cuando le abrí estaba completamente ciego.

¡Fatal curiosidad—exclamé—insaciable deseo de riquezas, en qué abismo tan insondable de desventuras me has sumergido! Querido hermano, exclamé dirigiéndome al peregrino:—tan caritativo como sois, ¿no conocéis algún medio para volverme la vista?

—¡ Infelíz!—me contestó.—Es verdad que poseo secretos pero ninguno para volverte la vista. Di-

rigete à Dios: sólo él puede darte lo que has perdido Te había dado riquezas de las que eras indigno, y te las ha quitado para dárselas por mi mano á otros menos desagradecidos que tú.

Nada más habló el peregrino, y después de haber reunido mis ochenta camellos, prosiguió su

marcha dejándome solo.

Todas mis súplicas fueron vanas; el peregrino siguió su camino sin escucharme. En aquella situación, privado de la vista y de cuanto poseía en 1 tierra, hubiera muerto de hambre y de dolor, si na caravana no me hubiese recogido por caridad y conducido á esta ciudad.

De ser igual á un príncipe, en riquezas y en magnificencia, me ví reducido á la mendicidad, y, no teniendo recursos, me fué preciso pedir limosna. Pero á fin de expiar mi falta, me he impuesto el castigo de no recibir una limosna si no

va acompañada de un bofetón.

El Rey entonces se compadeció de este desdichado y le señaló una pensión, con la cual pudiera vivir sin mendigar su sustento, y le dió habitación en su palacio para que concluyera tranquilo

el resto de sus días



EL HERRERO GALOFRE

I

Había en Galicia un herrero que se encontraba siempre á la cuarta pregunta, teniendo por capital un hambre nunca saciada, que es lo menos que puede tener un hombre honrado; una mujer garrida, que había tomado tan á lo serio el matrimonio, que de la manera más religiosa obsequiaba á su consorte cada año con un muchacho, amén de cuando duplicaba la dosis; cuyo muchacho se parecía á veces á Galofre, que así se llamaba el herrero, á veces se parecía á Eduviges, que era la herrera, á veces se parecía á los dos, y á veces á ninguno de ellos, para variar, aunque siempre resultaban bastante feos.

A cada nueva edición conyugal, Galofre lamentaba que el cura hubiera bendecido su matrimonio tan de veras, y seguía machacando el hierro con ardor, como un condenado ó como un bendito, que eso no está bien averiguado, procurando aturdirse con el ruido del martillo y con alguna canción que entonaba á voz en grito

Galofre sabía el refrán que dice que cada chico, al venir al mundo, trae un pan debajo del brazo; él había registrado á cada uno de sus hijos en el momento de nacer, y por más que buscó, nunca consiguió encontrar el tal pan, y esto le hizo un poco más cauto en materia de refranes, que no volvió á tomar al pie de la letra.

Una tarde, Galofre se dirigió hacia la orilla del río, y llegando á un lugar un poco lejano de la población, se sentó fatigado en una roca y empezó á echar sus cuentas, que nada tenían de alegres.

—Tengo una mujer y nueve hijos. Mi trabajo me da apenas para mantenerlos. Ya estoy fastidiado del yunque y la fragua, me pesa el martillo y me apestan los hierros. En resumidas cuentas, soy un desventurado, y antes de que esto siga adelante, me mato para no morirme de hambre. Felizmente estamos en verano, y las aguas no están muy frías..... En fin, démonos un chapuzón, que en negocios de esta clase sólo el primer paso es el que cuesta trabajo,



....y por más que buscó nunca consiguió encontrar el tal pan....

DE MAESTROS

Galofre se fué desnudando instintivamente.

—Después de todo—pensó—la vida tiene sus €ncantos y no deja de ser una estupidez eso de dejarla así, sin más ni más. ¡Bah! Dejémonos de tonterías; se es hombre ó no se es. Con que á la una..... á las dos..... á las tres.

Y ya inclinaba la cabeza hacia el río, enarcaba el cuerpo y se disponía á dar el salto mortal, cuando una mano poderosa lo asió por la flotante faldeta de la camisa.

— Cuidado amiguito.....!—gritó una voz á sus espaldas.

— ¿ Qué se ofrece?—preguntó Galofre.—Llegáis en un momento importuno; marchad á vuestros

negocios, que yo voy á los míos.

- Tened calma, que nada se pierde por esperar. Habéis vivido cuarenta años inútilmente, y bien podéis concederos un par de minutos más de vida.
 - -Explicáos.

-¿ Qué tenéis?—preguntó.

- —Tengo, que no tengo nada.... y me mudo al otro barrio.
- —No está mal razonado, para ser razonamiento de herrero, que suelen ser duros como el yunque en que trabajan. Pero no es eso lo que os preguntaba, sino qué es lo que os pasa.

- Que no tengo una peseta, que ine restidia el

trabajo, que me cansa la vida, que todo esto no os importa un bledo, y que os vayáis al infierno.

- —De allá vengo—contestó el personaje, deteteniendo á Galofre, que se precipitaba de cabeza al abismo.—Un poco de paciencia, y todo podrá arreglarse.
 - -Lo dudo.
- —Pongamos los medios. ¿Qué tal os encontráis de salud?
 - —Inmejorable.
 - —¿Y de apetito?
 - -Insaciable.
 - —¿ De sueño?
- —No recuerdo haberlo satisfecho por completo nunca.
 - -De modo que lo único que os hace falta es....
- —Mucho dinero: tanto como puede coger la catedral de Santiago. Ya veis que no pido una limosna, ni es cuestión de unos cuantos duros, ni siquiera de mil onzas de oro. Quiero dinero, no sólo para no trabajar, sino también para holgar toda la vida, satisfaciendo mis caprichos más locos y extraordinarios.
 - -Bueno.
 - -Tal cosa es imposible.
 - -No tal; la palabra imposible no existe.
 - -¡Bah!
 - --Mira....

Y tendió la mano hacia las aguas del río, que se convirtieron en un líquido, que, al correr, producía armonías deliciosas para los oídos de Galofre.

—; Diablos!—exclamó el herrero.—Déjame dar

ahora el chapuzón; el momento es oportuno.

—Nada de eso. Ya ves que puedo hacerte más rico que Creso.

-¿ Quién es ése?

- -Uno que no está en tu herrería. Te ofrezco realizar todas tus fantasías, pero con una condición.
 - -- ¿Cuál es ella?
- —Cumpliré trescientos antojos tuyos, ni uno más, ni uno menos; el día que cumpla el último, cargo contigo en cuerpo y alma.
- ¿ De modo que solamente después que hayas ejecutado mi última orden me ecnaras la garra?

-Si.

-Acepto el pacto.

-Firma.

Y arrancando el diablo — pues el interlocutor de Galofre no era otro que el diablo — un pedazo de la falda de la camisa del herrero, escribió el contrato con su índice en letras de fuego, é hizo que Galofre lo firmara, valiéndose de su propio índice.

—Ahora—prosiguió el diablo—cuando desees alguna cosa, no tienes más que tirarte de la oreja

izquierda con la mano derecha, y gritar:—;Brakabrekabí! Diablo, ven aquí.

Y desapareció, dejando un horrible olor de

azufre.

II.

Nuestro herrero dióse á gastar y triunfar, cerró la herrería y compró un palacio en la corte, donde lo llenaron de condecoraciones y fué objeto de toda clase de honores y distinciones.

Apenas concebía un deseo el buen Gaíofre, cuando con la mano derecha se agarraba la oreja iz-

quierda y gritaba como un desaforado:

—¡Brakabrekabí! Diablo, ven aquí.

Y en el acto se le presentaba obediente y sumiso su compañero de las orillas del río, lo oía, y, sin discutir ni vacilar, le cumplía el antojo, por extravagante y difícil que pareciese.

—¡ Aquella era una gloria! En el mundo entero no se hablaba más que del príncipe Pumpernikle, título que había adoptado Galofre, y de su incom-

parable fortuna.

Todo esto duró un año, en cuyo espacio la princesa Pumpernikle había dado á luz dos herederos.

—¡ Hum!—dijo el herrero, al ver que lo habían necho padre por undécima vez.—Ya esto pasa de la raya, y bueno es que cese Eduviges en esta mama.; No más muchachos! ¡Brakabrekabí! Diablo, ven aquí.

-¿ Qué se te ofrece?—le dijo el diablo presen-

tándose.

-No quiero tener más hijos.

—Así será;—y el diablo sacó su cartera y apuntó.

-¿ Qué apuntas ahí?

—Tus peticiones; y te participo que éste es tu penúltimo deseo.

-¿Cómo?

- —Que te he complacido doscientas noventa y nueve veces; y que solo tienes derecho á formular un nuevo deseo, y que satisfecho ese....
 - —; No prosigas!...

-; Adiós!

-Al diablo.

Y se quedó el buen Galofre meditando, y tan ensimismado, que se olvidó de ir á comer. Fué á buscarle su esposa y encontró al herrero preocupado.

-¿ Qué te pasa?—le preguntó.

— Calla!—le dijo con tono misterioso—Déjae sólo, no me obligues á formular un nuevo deseo....

-No te comprendo....

-Oyeme: Tengo que ponerte al corriente del misterio que te rodea y que me rodea, á fin de que



Tengo que ponerte al corriente

epas á que atenerte. Pero, tiembla, Eduviges, porque estoy condenado á muerte.

— Dios mío! — Eso no es posible, querido Ga-

lofre.

-Escucha.

Y el herrero hizo una relación de lo que había pasado entre él y el diablo en las orillas del río.

—La cosa es grave—dijo Eduviges; pero no es desesperada.

-¿ Qué dices?

—Para cada diablo hay una mujer que le rompa la cabeza. Júrame no formular ningún deseo, por extraño que sea todo lo que te hagan ver ú oir, porque va á comenzar una lucha entre el diablo y yo; él para perderte y yo para salvarte.

-Te lo juro.

-Pues no te muevas de aquí.

Y salió del salón, cerrando la puerta con llave.

III.

Galofre quedó sumergido en negras reflexiones. De pronto sintió que se declaraba en él un hambre que empezó haciéndole cosquillas en el estómago y acabó royéndole las entrañas. Se sentía desfallecer, se le nublaban los ojos, se le resecaba el paladar..... Al propio tiempo el aire traía los aromas más incitantes de los platos más apetitosos, y

oia el ruido de la vajilla, el rumor del vino al escanciarse en la rica copa de cristal. Aquello era superior á sus fuerzas; el hambre le hacía padecer todas las torturas del infierno, y una sed rabiosa vino á prestar su contingente contra el infeliz herrero.

Más de una vez llevó Galofre la mano derecha á la oreja izquierda; en más de una ocasión cruzó por su cerebro la frase sacramental, pero ni siquiera se atrevió á murmurarla.

Después se presentó á los ojos de Galofre un espectáculo que le hizo olvidar el hambre y la sed. Creyó ver que un enemigo suyo le hacía gestos y le amenazaba.

No pudiendo el hombre contener su cólera.

-¡ Que me lleve el diablo con tal de que!.....

Y llevó la mano derecha á la oreja y exclamó:

—Sal....

—¿ Qué te se ofrece?—dijo el diablo presentándose súbitamente.

—Nadie te ha llamado. Iba yo á hablar de Salamanca, cosa que nada te interesa. Con que así,

déjame, que bien aburrido estoy.

Apenas se había marchado el diablo, el herrero creyó ver á uno de sus hijos moribundo, su casa incendiada, él y su familia reducidos á la miseria, todo lo cual iba abatiendo su ánimo, sin llegar á dominarlo. En eso se abrió la puerta y entró Eduviges sonriente.



Con que así, déjame, que bien aburrido estoy.

-Aparta-la dijo Galofre.

-¿ Qué es eso? ¿ Qué te ha dado?

—¿ Te parece bien entrar tan contenta, cuando debías estar llorando á mares?

Y entonces la contó lo que había presenciado.

—Esas son las artimañas de que se ha valido el diablo para sonsacarte—dijo Eduviges—has vencido y acabarás por derrotarlo.

-: Es posible!

—Llámalo según la fórmula de costumbre, y cuando se presente, yo formularé el deseo. Tú lo sancionarás.

Galofre exclamó con voz de trueno: ¡Brakabre-kabí! Diablo, ven aquí.

Y el diablo se presentó, aunque se puso algo mohino al ver al lado de Galofre á su esposa.

-¿ Qué quieres?

Eduviges arrancó un pelo de la barba de su ma-

rido, y dijo, dirigiéndose al diablo:

—Galofre desea que pongas este vello derecho, completamente derecho, sin que conserve una curva.

—Así es—dijo el herrero.

—Bueno—exclamó el diablo.—Será satisfecho tu último deseo.

Y puso mano á la obra, empezando á pasar el vello entre su pulgar é indice de la mano izquierda, ora humedeciéndolo, ora en seco; unas veces

con fuerza, otras sin ella, en fin, de todos modos, y mientras más trabajaba el pobre diablo, más se rizaba aquel maldito vello.

Y cuentan las crónicas que se salió de la estancia y fuese caminando hasta la orilla del río, donde se sentó en la piedra aquella en que encontró por primera vez al herrero, y todavia se nana entretenido en poner derecho el pelo de Galofre.

Y cuando algún viajero se extravía durante la noche y se flega por aquel lugar, el diablo le pre-

senta el rebelde vello, preguntándole:

-¿Quiere usted hacer el favor de ponerio de recho?



LA TUMBA MISTERIOSA

Un Rey, ya anciano, rodeado de sus hijos, refirió un día su historia en los término siguientes:

Mi padre—les dijo—tenía un hermano, que como él, reinaba en un Estado vecino. Este hermano tuvo dos hijos, un príncipe y una princesa; el príncipe y yo éramos poco más ó menos de una misma edad.

Una vez terminada mi educación, el Rey, mi padre, me concedió una prudente libertad; iba todos los años á ver á mi tío, y pasaba en su corte uno ó dos meses, después de lo cual me volvia al lado del Rey, mi padre. Estas frecuentes visitas dieron lugar á que contrajera con mi primo una amistad íntima y constante. La última vez

que le ví, me recibió con grandes demostraciones de cariño, y queriendo festejarme, hizo un día para ello preparativos extraordinarios. Estuvimos largo tiempo en la mesa, y después de haber cenado perfectamente, me dijo:

-¿ A que no adivinas en qué me he ocupado

desde tu marcha?

-No, no puedo adivinarlo-le contesté.

—He hecho construir un edificio, que está ya acabado y se puede habitar desde luego; no te pesará verlo, pero es necesario que antes me jures que callarás lo que veas.

Presté el juramento que mi primo deseaba, y

entonces me dijo éste:

-Espérame aqui, vengo en seguida.

No tardó en volver, y le vi entrar con una dama de hermosura singular y magnificamente vestida. No me dijo quién era, y no creí deber informarme de ello. Nos sentamos á la mesa, y permanecimos en ella algún tiempo, hablando de cosas indiferentes; después me dijo el príncipe:

—Es preciso aprovechar el tiempo: hazme el favor de acompañar á esta dama, y conducirla á un sitio donde verás una tumba en forma de cúpula, recientemente construída. Fácilmente la conocerás, la puerta está abierta; entrad juntos y

esperadme, que no tardaré en llegar.

Cumpliendo mi juramento, no pretendí saber



....le vi entrar con una dama de hermosura sirgular....

más. Ofrecí la mano á la dama, y la conduje hasta el lugar indicado, sin extraviarme. Apenas hubimos llegado á la tumba, vimos aparecer al príncipe, cargado con un cantarillo lleno de agua, un azadón y un saco de veso.

Sirvióse del azadón para demoler el sepulcro vacío que había en medio de la tumba. Luego quitó las piedras. Cuando las hubo quitado todas, cavó la tierra, hasta que apareció una trampa que había bajo el sepulcro, levantada la cual, se presentaron los primeros peldaños de una escalera de caracol. Entonces mi primo, dirigiéndose á la dama, le dijo.

-Ved aquí, señora mía, por donde se va al sitio

de que os he hablado.

Se acercó la dama, y bajó; el príncipe se dispuso á seguirla, pero volviéndose antes hacia mí, me dijo:

—Primo, te estoy agradecido por el trabajo que

te has tomado, y te doy por ello las gracias.

-¿ Qué significa esto, querido primo?-exclamé.

—Acuérdate de tu juramento—me respondió y vuelve á tomar el camino por donde has venido, sin pretender averiguar nada más.

Cuando me desperté al día siguiente, reflexioné lo que me había sucedido por la noche; y después de haber hecho memoria acerca de todas las cir cunstancias que rodeaban tan extraña aventura,

me pareció un sueño. Queriendo saber si me había engañado, mandé á preguntar si el príncipe, mi primo, me quería recibir. Pero cuando supe que no había dormido en palacio, que no había parecido, y que se estaba por esta causa con el mayor cuidado, me persuadí de que el extraño suceso de la tumba era cierto, lo que me afligió en extremo; y ocultándome de todo el mundo, me fuí al cementerio, donde había una multitud de tumbas, semejantes á la que yo había visto. Pasé el día en observarlas detenidamente, pero no pude distinguir la que buscaba, repitiendo inútilmente, y durante cuatro días seguidos, las mismas investigaciones.

Conviene advertir que el Rey, mi tío, se había ido á caza algunos días antes de la desaparición de su hijo. No quise esperar más, y rogué á los ministros que me excusasen á su regreso. A no ser por el juramento que tan locamente había prestado antes de partir, hubiera revelado el lugar

en que se encontraba mi primo.

Apenas había llegado á la capital en que residía mi padre, me ví rodeado de soldados que me prendieron. Pregunté la razón, y tomando la palabra el oficial que los mandaba, me respondió:

—El ejército ha reconocido como Rey al gran visir; vuestro padre ya no existe, y yo os hago prisionero de orden del Rey. Dicho esto, se apoderaron de mi y me condujeron ante el nuevo soberano.

El visir rebelde me odiaba, porque cierto día que me divertía tirando á la ballesta en el terrado de palacio, se presentó un pájaro, le apunté, pero, errando el tiro, la flecha fué á clavarse en el ojo del visir, que estaba tomando el aire sobre el terrado de su casa. Cuando supe esta desgracia, presenté mis disculpas al visir; pero él no se olvidó de aquella involuntaria falta mía. En el momento que me vió, se vino á mí como un loco furioso, y metiéndome sus dedos en mi ojo derecho, me le arranco.

Llevado á cabo sen ejante acto de venganza, no mandó encerrar en una caja, y dispuso que el verdugo me llevase lejos de palacio y me abandonase á las aves de rapiña, después de haberme cortado la cabeza. El verdugo, acompañado de un ayudante, montó á caballo cargado con la caja, y se detuvo en el campo, con objeto de cumplir la orden recibida; pero fueron tales mis súplicas y mis lágrimas, que excité su compasión.

—Salga usted inmediatamente del reino—me dijo—y guárdese de volver á él, porque esto traería aparejada la perdición de usted y la mía.

Después de darle las gracias por el beneficio que me acababa de dispensar, y apenas me ví solo, me consolé de la pérdida del ojo, acordándome que me había librado de una desgracia mucho mayor.



-Salga usted inmediatamente del reino....

En la situación en que me encontraba, no podía andar mucho; me ocultaba durante el día, y andaba por la noche todo lo que mis fuerzas me permitían: así pude llegar á los Estados del Rey, mi tío, y me fuí á verle.

Le dí cuenta de lo ocurrido, y del triste estado á que me veia reducido.

No bien me hubo escuchado, exclamó:

—¿ No era bastante haber perdido á mi hijo? Era necesario que supiese á un tiempo la desaparición de éste, la muerte del hermano que tanto amaba, y que te viese en tal estado!—Y el desdichado padre lloraba al decir esto; enterneciéndome de tal modo, que no pudiendo resistir su dolor, no fuí ya dueño de mí, y quebranté el juramento que había hecho al príncipe, mi primo. Conté á mi tío cuanto sabía; y cuando hube acabado, me dijo:

—La relación que acabas de hacer me da alguna esperanza. He sabido que mi hijo había mandado construir una tumba; sé, poco más ó menos, el lugar en que se encuentra, y con la idea que tú puedas conservar de ella, creo que la encontraremos. Pero como la ha hecho construir en secreto, y ha exigido de tí que no lo reveles, soy de parecer que vayamos á buscarle los dos solos, para evitar el escándalo.

Salimos del palacio por una puerta del jardín que daba al campo, y tuvimos la suerte de encon-

trar muy pronto lo que buscábamos. Reconocí la tumba, entramos en ella, y hallamos la trampa de hierro caida sobre la entrada del subterráneo. Nos costó gran trabajo levantarla, porque el príncipe la había asegurado con yeso amasado con agua; pero al fin logramos nuestro propósito.

Entró el primero mi tío, siguiéndole yo; bajamos algunos escalones, y, al fin de la escalera, nos encontramos en una especie de antesala, alum-

brada por una hermosísima araña.

De allí pasamos á un cuarto muy espacioso, sostenido por gruesas columnas é iluminado por multitud de arañas é infinitas luces eléctricas. Seguimos visitando aquella especie de palacio subterráneo, en el cual las paredes eran unas veces de brillantes, otras de amatistas, otras de topacios, y en el que no se notaba la falta de la luz solar, por estar suplida ésta por la de infinitos focos de electricidad.

Llegamos, por último, á un gran salón, en el que vimos sentados en un diván á mi primo y á una hermosísima mujer.

Levantóse mi primo y abrazó á su padre, y en seguida me abrazó. Después de esto, nos dijo:

—Esta es mi esposa ¡oh padre! hija del genio de la tierra, en cuyas entrañas vive, y estoy tan satisfecho de mi matrimonio, que no pienso volver d ver la luz del col; por lo que te ruego que reco-



Llegamos á un gran salón ...

nozcas como tu subesor á mi primo, y me dejes á mí gozar de la felicidad que aquí disfruto, sin sobresaltos ni afanes. Sólo os ruego que no digáis á nadie el secreto de mi retiro, para que no vengan á importunarnos con visitas extemporáneas. Ya estamos enterados de tus desgracias, querido primo, y te aseguro que serás vengado.

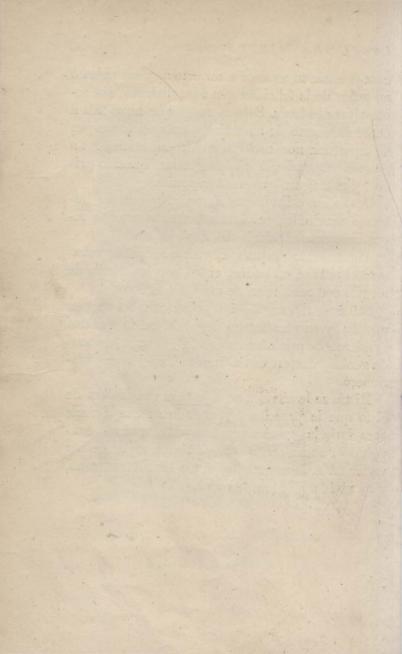
Después nos invitaron á cenar, y cuando hubimos concluído, nos sentimos transportados re-

pentinamente al palacio del Rey, mi tío.

Algunos días después, el visir que había arreba tado el reino á mi padre, entró por las tierras de mi tío, con resolucion de arrojarle del trono.

Salimos al campo con objeto de detener su marcha, y en una batalla decisiva, en la que nos ayudaron de una manera prodigiosa unas legiones de genios, derrotamos al invasor, cogiéndole prisionero.

Mi tío se le envió á su hijo para que hiciera de él lo que le pareciese, y cuando fuimos á verle para darle las gracias por su ayuda, le vimos convertido en una araña que producía rayos de luz vivísima. A la muerte de mi tío herede su trono, y he vivido feliz hasta el día.





LA PRIMERA MISA

En un pueblecito de España vivía un matrimonio que para ser completamente feliz faltábale sólo que el cielo le concediera la dicha de tener un hijo.

Rogaban de continuo á la Virgen que les concediera la dicha de ser padres, y por último, á fuerza de ruegos y oraciones, escuchó la Santa Madre de Dios los ruegos del matrimonio, y concedióles el favor que pedían.

Por aquella fecha había la costumbre de leer é los recién nacidos el sino, y cuando se lo leyeron á Luis, que este nombre le pusieron al pequeñue-lo, quedaron los padres horrorizados. El horós-

copo anunciaba que á los diez y ocho años serí, ahorcado.

Pasaban los años, el niño crecía, siempre obediente, buen cristiano, temeroso de Dios y amante de sus padres; pero mientras más buenas prendas y condiciones revelaba Luis, más se apenaban los padres pensando en que por fatal destino había de ser ahorcado.

Cuando Luis cumplió los diez y siete años, los padres estaban tristes, y la madre sobre todo no cesaba de llorar. Preguntaba el joven la causa de la tristeza, y la madre se negaba á satisfacer el natural deseo de su hijo, pues no lo hacía por mera curiosidad, sino por compartir con ellos sus penas como había compartido sus alegrías.

Un día se le ocurrió á Luis preguntar cuál sería su sino, y supo, no sin sopresa, que estaba condenado á que le ahorcaran cuando tuviera diez y ocho años.

Fuese á su casa, y abrazando á sus padres, les

dijo:

—Ya sé, queridos padres, cuál es la causa de vuestras continuas lágrimas, y como quiera que deseo evitarles la pena de ver cómo se cumple mi destino, denme ustedes su bendición, que me voy á correr las tierras por ver si así se muda mi suerte.

Preparóle la madre una maleta bien llena de

ropa, dióle el padre un gran bolso de dinero y recomendaciones que le facilitasen cuanto necesitara por los pueblos en que tenían amigos y corresponsales.

Llegó el momento de la partida, y después de

darle la bendición y buenos consejos, ya con el pie en el estribo del caballo para partir, dióle la madre un libro de misa y encargo de que en donde quiera que parase oyera la primer misa que se dijera, y á ser posible que la ayudara á decir.

Partió el joven, visitó infinitas poblaciones, y en to-



Momento de la partida.

das ellas cumplió el consejo y mandato de su madre.

La víspera de cumplir los diez y ocho años llegó á un pequeño lugar é hizo noche en él, y como de costumbre, después de cenar, y antes de irse á la cama, dijo á la posadera:

—Buena mujer, desearía que me despertase á la hora en que en este pueblo se acostumbra á decir la primer misa.

Asustada la posadera, le dijo:

—; Ave María Purísima! ¡ Dios me libre de hacer semejante cosa!

-¿Y por qué? ¿A qué viene ese asombro?

—Pues ahí es nada. La primer misa se dice en este pueblo á las doce en punto de la noche, y es un alma en pena el que oficia.

-Pues bien; sea lo que sea, quiero oir esa misa.

-Entonces no se acueste usted y sufra las consecuencias de su empeño. Sepa usted que los que han ido á esa misa amanecieron muertos en la iglesia.

Quedóse el joven levantado, y para no dormir púsose á rezar en el libro que le dió su madre. Apenas sintió dar la media de las once, se puso el abrigo, pidió le abrieran la puerta y que le acompañaran á casa del cura del lugar.

—Aquí vengo, padre—dijo á éste cuando se hubo levantado— á cumplir un mandato de mi madre

-¿ Y en qué consiste, hijo mío?

—En que oiga y ayude en donde llegue la primer misa que se diga, y aunque en este pueblo sea extraña la hora y la forma, yo vengo á rogar á usted me permita cumplir este deber. —Sí hijo mío — dijo el anciano sacerdote; — toma las llaves de la iglesia y cumple el mandato de tu madre, que cuando Dios se lo inspiró, él sabrá á qué fin va encaminado. Anda, y que Dios te bendiga.

Fué el joven á la iglesia, abrió sus puertas, en-

cendió las luces. tocó á misa como regularmente y de ordinario se hace, cosa que asombró á las gentes, pues estaban acostumbrados á que en vez del toque de misa doblasen las campanas á muerto. Dieron las doce. y al sonar la última campanada vió levantarse una losa del suelo de la iglesia, salir por el hueco un esqueleto



Salió por el hueco un esqueleto.

que saludándole al pasar, se dirigió lentamente á la sacristía. Una vez allí, Luis, que le había seguido, le revistió con las vestiduras sacerdotales; salieron á la iglesia, le ayudó á misa, le acompañó

de nuevo á la sacristía, le desnudó, guardó lo que era de guardar, apagó las luces y fué á marcharse. A este tiempo llegaban, el esqueleto á la abertura del suelo, y el joven al centro de la iglesia. Volvióse el esqueleto depronto, y dijo á Luis:

—Espera.

-¿ Qué deseáis, padre?

—Escucha. Yo he sido rico, inmensamente rico, y por tanto, orgulloso, y creía que todo me era debido. Así es que no encontré jamás quien me ayudara á decir misa. Yo estaba condenado á venir aquí todas las noches hasta que encontrase un alma caritativa que tuviera valor bastante para hacer lo que tú has hecho. Así, pues, me has librado de esta pena, y yo, en cambio, quiero darte cuanto poseía. Al darle al cura las llaves, dale también este papel y nada más. Anda, hijo mío, que has cumplido como buen hijo y Dios te lo premiará.

Volvió el joven á casa del cura, entrególe las

llaves y con ellas el papet, y el cura le dijo:

—Lo esperaba, y ya tengo preparado lo que he de darte. ¿Cuándo piensas marcharte?

—Mañana por la tarde, padre, porque no quiero pasar la noche de mañana en población alguna.

—Pues bien; antes de marchar vente por aquí. Volvió Luis á la posada asombrando á la posadera, acostóse á dormir hasta la mañana, que se levantó, almorzó y estuvo paseando por el pueblo.

Después de haber comido, pagó en la posada,

montó á caballo y fuése á casa del sacerdote.

-Ahí tienes, hijo mío, ese mulo blanco cargado

de dinero; es tuyo, puesto que te lo ha legado el padre Andrés; reza por él en tus oraciones, y haz en su nombre cuantas obras de caridad puedas.

—Así lo haré, y como es justo que empiece por el pueblo en que él vivía, tomad ese montón de monedas y repartidlo entre los pobres del lugar.

--Que el Señor vaya contigo y te



Montó á caballo.

bendiga—dijo el anciano dando á Luis á besar su mano y bendiciéndole.

Salió del pueblo nuestro joven llevando por delante el mulo blanco cargado de dinero, y estuvo andando toda la noche. Al dar la primer campanada de las doce, hora en que cumplía los diez y ocho años, sintió venir hacia él gran número de personas hablando acaloradas y con un lenguaje poco culto.

—Os digo — decía uno de ellos — que han matado al capitán y nos han robado el producto del

asalto y del robo de la otra noche.

—Pues hay que encontrar al autor de esa fechoría—decía otro.

-Y ahorcarlo por pillo.

-Y por ladrón.

Diciendo esto aquellos hombres, que merecían todos estar ahorcados, dieron manos á boca con Luis.

—Compañeros — dijo el que primero había hablado — aquí está el mulo blanco cargado que se llevó el capitán; este mocito viene con él, con que es el que ha matado al capitán para robarle.

- ¡ Vas á morir, ladrón!—aullaba uno.

—; Que muera!—decía otro.

—Señores....—gritó el joven.

—¡ Que no hable! Ahorcadle—le interrumpieron todos.

Y daba en aquel momento la última campanada de las doce.

Prepararon los ladrones una cuerda y colgaron al pobre Luis, que comenzó á agonizar.

Aun no habían acabado de cometer semejante

tropelía los ladrones, y estaban montados á caballo, cuando vieron venir, montado en un caballo blanco, que parecía un lucero por la luz que despedía, un bulto envuelto en un sudario blanco.

Los ladrones quedaron espantados, y más lo quedaron cuando, llegando el recién venido, vieron que era un esqueleto el caballero del manto.

Del susto cayeron al suelo desmayados, y en tanto había subido aquel montón de huesos al árbol, desatado la cuerda, hecho respirar de nuevo al joven y devuéltole, por último, la vida que le iba faltando. Hecho esto, le dijo, volviendo á montar:

—Tú me salvaste y yo te he salvado. Le he pedido á Dios permiso para que tu sino no se cumpliera por entero, y me lo ha concedido como premio á tus virtudes y á la obediencia á los mandatos de tu madre. Anda, hijo mío, vuelve á su lado, que ya no tienes por qué temer hasta que llegue la hora de que comparezcas ante el Señor como comparecen los justos.

Anonadados los ladrones, dejaron marchar á Luis llevándose el mulo blanco cargado de dinero.

Volvió el joven á su casa, llenando de alegría el corazón de sus padres, viviendo en su companía contentos todos y felices, y siendo más ricos de lo que eran antes de la partida de su hijo.



ÍNDICE

	Páginas.
El cantarito de lágrimas	9
La liebre y la zorra	11
La esclava Morgiana	17
El cordero sin hígado	79
El bufón del Rey	89
El castigo de un ambicioso	103
El herrero Galofre	119
La tumba misteriosa	133
La primera misa	145

